LIBRO QUINTO

CAPÍTULO PRIMERO

SOBRE LAS SAGRADAS ESCRITURAS, ES DECIR, SOBRE EL ANTIGUO Y NUEVO TESTAMENTO[1].

[**103**] El Antiguo Testamento se llama así porque, una vez llegado [**104**] el Nuevo, dejó de tener vigencia. De ello hace memoria el Apóstol, cuando dice: «*Las cosas viejas pasaron, y he aquí que todas han sido hechas nuevas*» (2Cor 5,17). Por su parte, el Nuevo Testamento recibe dicho nombre, porque renueva. No llegan a aprenderlo, en efecto, sino los hombres que, mediante la gracia, son renovados [**105**] de lo viejo y forman parte ya del Nuevo Testamento, que es el reino de los cielos.

Desde los tiempos de Esdras, los hebreos reconocen el Antiguo Testamento en veintidós libros, según el número de letras de su alefato, divididos en tres órdenes, que son: la Ley, los Profetas y los Hagiógrafos.

El primer orden, el de la Ley, consta de los cinco libros [de Moisés [2]]. El primero de ellos se nombra con la palabra *b^{e}re'šit*, que es el *Génesis*. El segundo, con la palabra *w^{e}-'el-leh š^{e}mot*] que es el *Éxodo*. El tercero, con la palabra *wa-yiqra'*, que es el *Levítico*. El cuarto, con la palabra *wa-y^{e}dabber*, que es el libro de los *Números*. El quinto, con la palabra *'el-leh had^{e}barîm*, que es el *Deuteronomio*. Éstos son los cinco libros de la ley de Moisés, a los que los hebreos dan el nombre de *tōrāh*, y los latinos el de *lex* [ley]. En sentido propio, se llama *Ley* a la que fue dada por medio de Moisés.

El segundo orden es el de los Profetas, que está formado por ocho libros. El primero de ellos recibe el nombre de *y^{e}ehošu'a ben-num*; en latín, *Iesus Nave* [Josué]. El segundo, *šof^{e}tîm*, que es el libro de los *Jueces*. El tercero, ŝ^{e}*mu'el*, que es el libro *primero de los Reyes*. El cuarto, *m^{e}lakîm*, que es el *segundo libro de los Reyes*. El quinto, *Isaías*. El sexto, *Jeremías*. El séptimo, *Ezequiel*. El octavo*, tere 'ašar*, que es llamado de los *Doce profetas*. Estos libros, debido a su brevedad, han sido agrupados y tenidos por uno solo.

El tercer orden es el de los *hagiógrafos*, es decir, de los «escritores sagrados», y consta de nueve libros. El primero es el libro de *Job*. El segundo, el *Salterio*[3], |que se divide en cinco secciones|. El tercero, *mašloth*, que es el libro de los *Proverbios de Salomón*. El cuarto, *Qohélet*, que es el *Eclesiastés*. El quinto, *šir-ha-šîrîm*, que es el *Cantar de los Cantares*. El sexto, *Daniel*. El séptimo, *dibre ha-yamîm*, o sea las *Palabras de los días*, es decir, *Paralipómenos*, que es el

[1] Sigue *Etym.*, VI,1,1-10.

[2] Así en TL.

[3] Sigue *Rab.*

libro de las Crónicas. El octavo es el de *Esdras*[4], |que tanto griegos como latinos dividen en dos libros|. El noveno, el de *Ester*.

Sumados todos, es decir, cinco, más ocho, más nueve, dan los veintidós, según más arriba quedó dicho.

Algunos, sin embargo, añaden los libros de *Rut* y de *cinoth*, que se traduce al latín por *Lamentatio Ieremiae* [Lamentaciones de Jeremías], y vienen a resultar veinticuatro libros del Antiguo Testamento, según los veinticuatro ancianos que están en la presencia de Dios [cf. Apc 4,44; Is 24,23].

Un cuarto orden de libros veterotestamentarios existe para nosotros, ausente en el canon hebreo. El primero es el libro de la *Sabiduría*. El segundo, el *Eclesiástico*. El tercero, *Tobías*. El cuarto, *Judit.* El quinto y el sexto, los libros de los *Macabeos*, que, aunque los hebreos los ponen aparte, entre los apócrifos, la Iglesia, sin embargo, los honra y proclama entre los libros divinos.

Dos son los órdenes del Nuevo Testamento. El primero es el de los Evangelios, que son: Mateo, Marcos, Lucas y Juan. El segundo, el de los Apóstoles, que está formado por las catorce cartas [de Pablo][5]; la dos de Pedro; la tres de Juan; una de Santiago y otra de Judas; los Hechos de los Apóstoles y el Apocalipsis de Juan[6].

|Otros, sin embargo, distribuyen el Antiguo y Nuevo Testamento en setenta y dos libros.

Así, los cinco primeros son la Ley: Génesis, Éxodo, Levítico, Números y Deuteronomio.

A éstos les siguen los dieciséis libros históricos: Josué y Jueces, cada uno de ellos un libro; Rut; cuatro libros de los Reyes; dos de las Crónicas; Tobías y Ester; los dos libros de Esdras; los dos de los Macabeos.

Vienen después los libros proféticos, en número de dieciséis: [**106**] Isaías, Jeremías, Ezequiel y Daniel, un libro cada uno de ellos, y los libros de los doce profetas. Esto en cuanto a los profetas.

Siguen otros ocho libros, escritos en distinta métrica hebrea, que son los siguientes: el libro de Job, Salmos, Proverbios, Eclesiastés, Cantar de los Cantares, Sabiduría, Eclesiástico[7] y Lamentaciones de Jeremías.

Así, pues, el número total de los libros del Antiguo Testamento es de cuarenta y cinco.

En cuanto al Nuevo Testamento, están primero los cuatro Evangelios: Mateo, Marcos, Lucas y Juan.

Siguen a éstos las catorce cartas de Pablo, a las que hay que sumar las siete cartas canónicas de Santiago, Pedro, Juan y Judas.

Están también los Hechos de los doce Apóstoles y el Apocalipsis de Juan, o sea, la revelación de Jesucristo, que todos los libros en tiempo y orden...[8]

Éstos son los setenta y dos libros canónicos, razón por la cual Moisés eligió a setenta ancianos para que profetizaran [cf. Éx 24,1 ss.; Núm 11,24-25], y Jesús, nuestro Señor, envió a predicar a setenta y dos de sus discípulos [cf. Lc 10,1].

Y puesto que setenta y dos eran las lenguas difundidas por este mundo, previó

---

[4]Sigue *Rab.*

[5]TL, *in quo sunt quatuordecim Epistolis*; Etym., *in quo sunt Paulus in quatuordecim Epistolis*

[6]Sigue *Rab.*

[7]Pero el Eclesiástico está escrito en griego.

[8]TL deteriorado: *qui omnes libros et tempore et ordine...*

convenientemente el Espíritu Santo que hubieran tantos libros como naciones, con los que preparar a los pueblos y a sus gentes para recibir la gracia de la fe.

Éstas son las cosas nuevas y viejas que se sacan del tesoro de Dios [cf. Mt 13,52] y por las que se revelan todos los misterios de los sacramentos. Éstos son los dos serafines que, en la confesión de la santísima Trinidad, alaban sin cesar al que es *Santo* y prorrumpen cantando un himno [cf. Is 6,6]. Éstas son las letras sagradas; éstos son los libros, íntegros en número y autoridad. Ninguna otra cosa puede comparárseles. Nada que fuera de ellos estuviere, en modo alguno, podrá recibírsele entre las cosas santas y divinas.

Estos dos Testamentos están prefigurados en muchos lugares de las sagradas Escrituras. Ellos son, en efecto, las dos piedras de molino que la Ley prohíbe separar y tomar en prenda [cf. Dt 24,6], porque ninguno de los dos Testamentos debe ser separado del otro, puesto que ambos son necesarios para procurarse la paz celestial.

Así, los dos querubines colocados junto al arca [cf. Éx 25,22] significan los dos Testamentos que protegen a la Iglesia de Dios. Así también, el profeta Habacuc habla de dos animales, en medio de los cuales Dios se manifiesta [cf. Hab 3,2 (LXX)]|[9].

La totalidad de uno y otro Testamento se distribuye en tres partes: historia, costumbres y alegoría. A su vez, dichas tres partes se subdividen de manera múltiple, a saber: qué ha sido hecho o dicho por Dios, por los ángeles o por los hombres; qué anunciaron los profetas de Cristo y de su cuerpo; qué del diablo y de sus miembros; qué del pueblo antiguo y nuevo; qué del tiempo presente y del reino y juicio futuros.

CAPÍTULO SEGUNDO

SOBRE LOS AUTORES DE CADA UNO DE ESTOS LIBROS[10].

Según la tradición de los hebreos, los autores del Antiguo Testamento son los siguientes. El primero, Moisés, expuso en cinco volúmenes la cosmografía de la historia divina, cuyo nombre es |*Pentatico*. Se le llama *Pentatico* o| *Pentateuco*, porque está formado por cinco volúmenes. *Pente*, en efecto, significa en griego cinco; *teuchos*, volumen.

El libro del *Génesis* recibe este nombre porque en él se contienen el comienzo del mundo y la generación del tiempo. [**107**]

El libro del *Éxodo* trata de la salida del pueblo Israel del país de Egipto y de su marcha [por el desierto], razón por la cual recibe dicho nombre.

El libro del *Levítico* se llama así porque trata de los ministerios de los levitas y de la diversidad de víctimas, y toda la clase levítica viene descrita en él.

El nombre del libro de los *Números* es debido a que en él se registra el número de las tribus salidas de Egipto y se contiene también la descripción de su peregrinación a través del desierto por espacio de cuarenta años[11].

Deuteronomio es una palabra griega que, en latín, significa *secunda lex* [segunda ley],

[9]Sigue *Etym.*, VI,1,11.

[10]Sigue, *Etym.*, VI,2,1-53.

[11]TL y Etym., *quadraginta duarum*; prop. *quadraginta annos.*

esto es, repetición, y es prefiguración de la ley evangélica. [Este libro[12]] de tal modo contiene las cosas ya sucedidas que aparece, sin embargo, como nuevo todo lo que en él se encuentra[13].

El libro de *Josué* tomó su nombre de Josué, hijo de Nun, cuya historia narra. Los hebreos afirman que fue el mismo Josué quien lo escribió. En este relato, una vez atravesado el Jordán, los reinos de los enemigos vienen destruidos, la tierra repartida entre el pueblo y por medio de cada ciudad, aldea, montes y fronteras se prefiguran las realidades espirituales de la Iglesia y de la Jerusalén del cielo.

El libro de los *Jueces* se llama así por los jefes del pueblo que presidieron Israel, después de Moisés y Josué y antes de la llegada de Saúl, David y todos los demás reyes. Se cree que este libro fue escrito por Samuel.

El libro de *Samuel* describe el nacimiento del mismo Samuel, su sacerdocio y sus gestas. Por esta razón tomó de él su nombre. Y aunque este libro contenga la historia de Saúl y de David, se refiere, sin embargo, a Samuel[14], porque fue éste quien ungió a Saúl para que reinara [cf. 1Sam 10,1] y a David como rey futuro [cf. 1Sam 16,13]. La primera parte de este libro la escribió Samuel; la segunda, hasta el final, es obra de David.

El libro de los *m^{e}lakîm* se llama así porque trata ordenadamente de los reyes de Judá, del pueblo de Israel y de sus hechos más memorables. El hebreo *malok*[15], en efecto, se traduce al latín por *regum* [de los reyes]. Jeremías fue el primero en unir este libro en un solo volumen, pues con anterioridad estaba diseminado, según las historias de cada uno de los reyes.

La palabra griega *Paralipómenon* podemos traducirla nosotros por *praetermissorum* [de las cosas omitidas] o por *reliquorum* [de las demás cosas], pues todo aquello que en los libros de Samuel o de los Reyes[16] fue pasado por alto o su relato no aparecía completo, viene explicado en éste de manera breve y sucinta.

El libro de *Job* algunos consideran que lo escribió Moisés; otros, uno de los profetas. Otros opinan, en cambio, que su autor fue el mismo Job después de la plaga de su pasión. Son éstos del parecer de que quien arrostró los embates de aquella lucha espiritual fuera el narrador también de las victorias que le siguieron. Ahora bien, el comienzo y el final del libro de Job, según el texto hebreo, están escritos en prosa; mientras que la parte central, desde donde dice: «*Perezca el día en que nací*» (Job 3,3), hasta donde dice: «*Por ello me reprendo a mí mismo y hago penitencia*» (Job 42,6), discurre toda ella en metro heroico.

Al libro de los *Salmos*, en griego, se le llama *Salterion*; en hebreo, *nabla*; en latín, *Organum*. El nombre de libros de los Salmos se debe a que, al canto del profeta acompañado de un salterio, el coro le respondía armonizando el canto. En hebreo, el título de este libro es *séfer t^{e}hil-lîm*, que se traduce por *libro de los himnos*. Los nombres de sus autores, según aparecen en el encabezamiento son: Moisés, David, Salón, Asaf, Etán, Yedutún, los hijos de Coré, Hemán ezraíta y otros, que Esdras reunió en un solo volumen. Según el texto hebreo, [**108**] todos los salmos aparecen compuestos en verso. En efecto, a modo del romano Flaco y del griego Píndaro, discurren ora en versos yámbicos, ora retumban en alcaicos, ora resuenan en sáficos, avanzando

[12]TL, *qui*; Etym., *quae.*

[13]TL, *reperuntur*; Etym., *replicantur.*

[14]TL, *contineat tamen ad Samuel refertur*; Etym., *contineat utrique tamen ad Samuel referuntur.*

[15]TL, *Maloch*; Etym., *Malachim.*

[16]TL, *quae in Samuele vel Regum libris*; Etym., *quae in lege vel in regum libris.*

en trímetros o tetrámetros.

Salomón, hijo de David, rey de Israel, editó tres volúmenes, según el número de sus palabras. El primero es *maslot*, que los griegos llaman *parabolaí* y los latinos *proverbia*, estando la razón de ello en que, en dicho libro, va mostrando las figuras de las palabras y las imágenes de la verdad bajo similitud comparativa. Al segundo libro lo llamó *qohelet*, que los griegos traducen por *ekklesiastê*s y los latinos por *Contionator* [predicador], y ello porque su discurso no va dirigido a uno en particular, como es el caso de los Proverbios, sino a todos en general, enseñándonos que todo lo que vemos acontecer en este mundo es caduco y pasajero y por ende mínimamente deseable. El tercer libro lo tituló *šir ha- širîm*, que se traduce al latín por *Canticum canticorum* [Cantar de los cantares], donde, con versos epitalámicos, canta la unión mística de Cristo con la Iglesia. Pero el nombre de *Cantar de los Cantares* se debe a que sobresale por encima de todos los demás cánticos que se encuentran en las sagradas Escrituras, del mismo modo que es llamado *santo entre lo santo* a aquello que supera a lo que, en la Ley, ya se le llama *santo*. El texto original de estos tres libros —como Josefo y Jerónimo afirman— está escrito en versos pentámetros y tetrámetros.

Isaías, evangelista más que profeta, escribió un libro, cuyo texto en prosa se desenvuelve todo él de forma ciertamente elegante. Pero en los cantos versificados emplea el hexámetro y el pentámetro.

Parecidamente escribió *Jeremías* su libro, así como los *thrênoi*, que nosotros llamamos *Lamentaciones*, porque se entonaban en los momentos tristes y en los funerales. Compuso con ellos un cuádruple alfabeto en diverso metro. Los dos primeros están escritos a modo de versos sáficos, porque la parte menor del período heroico encierra tres versos que están unidos entre sí y que comienzan por una misma letra. El tercer alfabeto está escrito en trímetros y cada grupo de tres versos comienza por las mismas[17] letras. El cuarto alfabeto es considerado semejante al primero y al segundo.

Los libros de *Ezequiel* y de *Daniel* salta a la vista que fueron escritos por determinados sabios varones. De estos dos, el comienzo y final del de Ezequiel están envueltos en no pocas oscuridades. El de Daniel, en cambio, presenta con lenguaje claro[18] los reinos del mundo y anuncia con predicción evidentísima el tiempo de la venida de Cristo.

Éstos son los cuatro profetas llamados *mayores*, por el mayor volumen de sus escritos.

En el libro de los *Doce profetas* aparecen los nombres de sus respectivos autores. Se les llama profetas *menores*, en cuanto que sus escritos son breves. De aquí que se contengan reunidos en un solo volumen. Sus nombres son: *Oseas*, *Joel*, *Amós*, *Abdías*, *Jonás*, *Miqueas*, *Nahún*, *Habacuc*, *Sofonías*, *Ageo*, *Zacarías* y *Malaquías*.

El libro de *Esdras* lleva el nombre de su autor. En su texto se contienen juntos los discursos de Esdras y *Nehemías*. Y que a nadie sorprenda que se hable de un único libro, porque el segundo, tercero y cuarto [libro de Esdras] no son admitidos por los hebreos, sino que se los consideran apócrifos.

[**109**] El libro de *Ester* se cree que fue escrito por Esdras. Se lee en él que esta reina, bajo la figura de la Iglesia, liberó al pueblo de Dios de la esclavitud y de la muerte, y, muerto Amán,

[17]TL, *id est*; Etym., *iidem*. Tal vez se deba leer *iisdem.*

[18]TL, *syro sermone*; Etym., *vero claro sermone.*

que quiere decir *iniquitas* [iniquidad], se transmite[19] a la posteridad la celebridad del día.

El libro de la *Sabiduría* forma parte del canon hebreo. De aquí que incluso su mismo título despida un olor más cercano a la elocuencia griega. Los judíos afirman que lo escribió Filón. El nombre de *Sabiduría* se debe a que, en él, la venida y pasión de Cristo, que es la sabiduría del Padre, viene expuestas[20] de manera evidente.

El libro del *Eclesiástico* lo compuso, sin lugar a dudas, Jesús, hijo de Sirac, natural de Jerusalén, nieto del sumo sacerdote Jesús[21]. Por la semejanza de lenguaje, los latinos atribuyen este libro a Salomón. Se le llama *Eclesiástico* porque, con gran cuidado y método, se expone en él la doctrina y vida religiosa concernientes a toda la Iglesia. Los hebreos lo conocen, pero lo consideran apócrifo.

Se desconoce quiénes escribieron los libros de *Judit*, *Tobías* y *Macabeos*, pero llevan los nombres de los personajes, cuyas gestas narran.

Los cuatro Evangelios fueron escritos cada uno por un evangelista.

El primero, *Mateo*, escribió su evangelio, en Judea, con letras y palabras hebreas, comenzado su buena noticia a partir del nacimiento humano de Jesús, cuando dice: «*Libro de la generación de Jesucristo, hijo de David, hijo de Abrahán*» (Mt 1,1), significando con ello que Cristo descendía corporalmente de la estirpe de los patriarcas, como el Espíritu Santo había prometido por medio de los profetas.

El segundo, *Marcos*, lleno del Espíritu Santo, escribió el evangelio de Cristo en lengua griega. Siguió en Italia a Pedro, como discípulo suyo. Éste, con espíritu profético, comenzó diciendo: «*Voz del que clama en el desierto: 'Preparad el camino a Señor'*» (Mc 1,3), para mostrar que Cristo, después de asumir la carne, había predicado el evangelio en el mundo. El mismo Cristo, en efecto, es llamado también profeta, como está escrito: «*Y te constituí profeta entre las naciones*» (Jer 1,5).

El tercero, *Lucas*, el más erudito de los evangelistas en el empleo de la lengua griega, por su condición de médico, escribió su evangelio en Grecia para el obispo Teófilo. [Lleno de] sacerdotal espíritu, comienza diciendo: «*Hubo en los días de Herodes de Judá un sacerdote, Zacarías*» (Lc 1,5), [para manifestar[22]] que Cristo, después de su nacimiento según la carne y de su predicación del evangelio, fue hecho víctima perfecta para la salvación del mundo. Porque él mismo es sacerdote, conforme a lo que se dice en los Salmos: «*Tú eres sacerdote por siempre, según el orden de Melquisedec*» (Sal 109,4). Pues, con el advenimiento de Cristo, enmudeció el sacerdocio judío, y cesaron también la Ley y los Profetas.

El cuarto y último, *Juan*, escribió su evangelio en Asia, comenzado a partir del Verbo, para mostrar que el mismo Salvador, que por nosotros se dignó nacer y padecer, es el mismo Verbo de Dios que era antes de los siglos, el mismo que bajó del cielo y que, después de su muerte, de nuevo al cielo volvió.

Éstos son los cuatro evangelistas, a los que, por medio de Ezequiel, el Espíritu Santo representó bajo la forma de cuatro animales[23]. Se dice que son *cuatro* animales porque, con su

[19]TL, *initur*; Etym., *mittitur.*

[20]TL, *exponitur*; Etym., *exprimitur.*

[21]TL omite *de quo meminit et Zacharias.*

[22]TL omite *ut manifestaret*, que sí aparece en Etym.

[23]En la siguiente descripción de estos animales hay elementos mezclados de Ez 1, Is 6 y Apc 4.

predicación, la fe de la religión cristiana se diseminó por las cuatro partes del mundo. Y son [**110**] llamados *animales* porque el Evangelio de Cristo se predica a causa del *alma*[24] del hombre. Estaban llenos de ojos por dentro y por fuera, porque prevén las buenas nuevas que anunciaron los profetas y lo que habían prometido desde antiguo[25]. Sus piernas son rectas, porque nada perverso hay en los Evangelios[26]. Y tenían cada uno seis alas, que ocultaban sus piernas y rostros. Con la venida de Cristo, en efecto, quedaron al descubierto todas aquellas cosas que permanecían escondidas.

Ahora bien, la palabra *evangelio* significa *buena noticia*, pues, en griego, εὐ[27] quiere decir bueno, y *angelum*[28], anuncio. De aquí que ángel signifique *nuncio.*

El apóstol *Pablo* escribió catorce cartas. Nueve de ellas las escribió para siete Iglesias; las demás, para sus discípulos Timoteo, Tito y Filemón. No obstante, debido a la gran diferencia del lenguaje usado, no pocos latinos[29] [piensan] que la carta a los Hebreos es de autor incierto[30]; otros [creen] que la escribió Bernabé, y otros sospechan que es obra de Clemente.

Pedro escribió dos cartas que llevan su nombre. Se las llama *católicas*, porque [no van dirigidas] sólo a un pueblo o ciudad concretos, sino que fueron escritas para todo el mundo, en general.

Santiago, *Juan* y *Judas* escribieron también sus propias cartas[31].

Los *Hechos de los Apóstoles* presentan una narración ordenada de los comienzos de la fe cristiana entre los gentiles y de la historia de la Iglesia naciente. Consta que fue el evangelista Lucas quien escribió este libro, en el que narra los primeros pasos de la Iglesia apenas nacida y en el que se contiene la historia de los apóstoles. De ahí el nombre de *Hechos de los Apóstoles*.

El evangelista Juan escribió el libro del *Apocalipsis*, cuando, a causa de la predicación del Evangelio[32], dice la tradición que se hallaba desterrado en Patmos. El término griego *apocálypsis* corresponde al latín *revelatio*. [revelación] Revelación es, en efecto, la manifestación de aquello que se hallaba oculto, según el mismo Juan afirma: «*Revelación de Jesucristo, que Dios le concedió para manifestar a sus siervos*, etc.» (Apc 1,1).

Éstos son los escritores de los libros sagrados, que, hablando por boca del Espíritu Santo, escribieron para nuestra instrucción los preceptos por los que hemos de regir nuestra vida y la regla de la fe que debemos creer.

Existen, además de éstos, otros libros que son llamados *apocrypha* [apócrifos]. Se llaman *apócrifos*, es decir, separados, porque se prestan a dudas. Su origen, en efecto, no es desconocido y tampoco les consta a los Padres, de quienes ha llegado hasta nosotros la autoridad de las sagradas Escrituras con certísima y conocidísima sucesión.

Y aunque en estos libros apócrifos alguna verdad se encuentra, sin embargo, por sus

---

[24] *Animal > Anima.*

[25] TL, *in prioribus*; Etym., *in priori.*

[26] TL, *evangeliis*; Etym., *in evangeliis.*

[27] TL, en caracteres griegos.

[28] TL, *Angelum*; Etym., ἀγγλεία.

[29] TL, *apud plerosque Latinos*; *Etym.*, *plerisque Latinis.*

[30] TL, *incertum est*; Etym., *incerta est.*

[31] A estas cinco cartas se las llama igualmente *católicas*.

[32] TL, *pro Evangelii praedicatione*; Etym., *propter Evangelii preadicationem.*

muchas falsedades, ninguna autoridad canónica hay en ellos.

Juzgan —y con razón— los hombres prudentes que no deben ser tenidos como propios de aquéllos a los que se les atribuyen. Muchos, en efecto, son presentados por los herejes bajo el nombre de profetas y, los más recientes, bajo el nombre de apóstoles. Todos ellos, después de un diligente examen, han sido apartados por la autoridad canónica bajo el nombre de *apócrifos*.

CAPÍTULO TERCERO

BREVES NOTAS SOBRE EL CONTENIDO DE LOS SANTOS LIBROS CANÓNICOS[33].

Con relación al contenido del Antiguo y Nuevo Testamento, siguiendo el orden y número de sus libros, añadiré ahora, de manera rápida y breve, algunas pequeñas introducciones a cada una de las narraciones [n. 17].

El libro del **Génesis** describe con fidelidad histórica la creación del mundo, [**111**] la formación del hombre, el cataclismo, la división de la tierra, la confusión de las lenguas y las gestas de los patriarcas, hasta la entrada de Israel en Egipto [n. 18].

El **Éxodo** contiene la servidumbre de los hebreos, la salida del pueblo del país de Egipto, la nube protectora, el paso del mar Rojo, el faraón ahogado con sus carros, el cántico de gloria, el encuentro del desierto, el alimento del maná, las aguas vueltas dulzura, los mandamientos del Decálogo, la lucha con Amalec, el arca de la Alianza, la dedicación del tabernáculo y la ofrenda [n.19].

En el libro del **Levítico** se describen las normas acerca de los sacrificios y la diversidad de víctimas[34], las indumentarias de los pontífices y sus ministerios; y se establecen las ordenanzas sobre los diversos pecados, las purificaciones y las víctimas [n. 20].

En los **Números** se relacionan las tribus salidas de Egipto [...[35]] y se indica también el misterio de las cuarenta y dos etapas en el desierto [n. 21].

En el **Deuteronomio**, que es la segunda Ley, se relata todo aquello que, entre Farán y Aserot hasta llegar a Cadés-barnea, dijo Moisés al pueblo, esto es, mandamientos y preceptos, maldiciones de los pecadores, promesas y bienaventuranzas. [Se encuentra también] en él el cántico con el que Moisés bendice a los hijos de Israel. Y allí, divisada ya la tierra de promisión, muere y recibe sepultura [n. 22].

Según algunos hebreos, la Ley consta sólo de cuatro libros: Génesis, Éxodo, Levítico y Números. El Deuteronomio es una repetición de éstos, algo así como cierta meditación sobre la Ley. La razón está en que los cuatro primeros contienen las causas propias de los hechos que tuvieron lugar, y este último es como una reiteración de todos ellos [n. 23].

En el libro de **Josué**, los hijos de Israel, guiados por este caudillo, atraviesan el Jordán

[33]Sigue ISID., Proem., 17-109 (PL 83, 0159B-0180A), con omisiones que serán señaladas en su momento.

[34]TL, *historiarumque*; Proem., *hostiarumque.*

[35]TL omite *profectionesque eorum, perfectorum aetate virorum, qui egressi sunt de Aegypto, computatio tenetur inserta, prophetia Balaam.*

y son circuncidados por segunda vez[36]. Aniquilados sucesivamente los pueblos cananeos, se reparten la tierra por suerte de heredad [n. 24].

En el libro de los **Jueces** se contienen los pecados y servidumbres de Israel, y los gritos y conmiseraciones de Dios[37] [n. 25].

El libro de **Rut** narra la historia de esta mujer moabita, de cuya estirpe desciende la familia de David. Los hebreos colocan este librito junto al libro de los Jueces, porque las cosas que en él están escritas traen a la memoria los acontecimientos ocurridos en aquel tiempo. Los latinos, por el contrario, puesto que en él se pone de manifiesto la estirpe real de David, defienden que su lugar más propio está junto al cuerpo del libro de los Reyes [n. 26].

El libro de los **Reyes**, aunque, por su gran amplitud, los latinos lo separan[38] en cuatro partes, los hebreos lo dividen sólo en dos volúmenes. El primero de ellos, el de *Samuel*, describe cómo el arca del Señor pasó de los judíos a los gentiles y cómo el sacerdocio de Helí fue transferido en sentido místico a Samuel, y el reino de Saúl, a David [n. 27].

[El libro de] los *m^{e}lakîm* —los reyes de Judá y de Israel— distribuye cronológicamente los reyes de estos dos reinos, así como sus obras más sobresalientes. Narra la deportación de Israel a Asiria como consecuencia de su idolatría, y muestra al final cómo Nabucodonosor sitió Jerusalén, se llevó cautivos al príncipe y al pueblo, y arrasó la ciudad y su templo [n. 28].

[**112**] El libro de las **Crónicas** consta para los hebreos de un solo volumen, cuyo nombre es *dibre ha-yamîm*, es decir, las *Palabras de los días*. Por su excesiva extensión, nosotros lo dividimos, sin embargo, en dos partes. En esta historia, que presenta de manera ordenada generaciones y tiempos, se contienen no pocas enseñanzas acerca de la sagrada Escritura [n. 29].

En efecto, todo aquello que en el Antiguo Testamento o fue pasado en su momento absolutamente por alto o no explicado, tal vez, de forma satisfactoria, queda expuesto en esta obra de manera breve y concisa. Va presentando reyes y reinos en sucesión alterna hasta llegar al momento en que también éstos dejan de existir [...[39]][n. 30].

El libro de **Job** contiene los funestos daños o flagelos de este santo varón, las contumeliosas palabras de sus consoladores y los lamentos con que deplora él la miseria del mundo entero. Contiene asimismo los consuelos que Dios le ofrece en su confusión y la doble remuneración final de los buenos. Por sus sufrimientos y palabras es imagen también de Cristo. Su cónyuge, en cambio, es tipo de los hombres carnales que, estando dentro de la Iglesia, escandalizan con sus costumbres la vida de los hombres espirituales [n. 31].

Los amigos, por su parte, son figura de los perversos dogmas de los herejes. Elihú, además, que arremete contra Job con graves reproches, representa a los que predican con arrogancia en la Iglesia y, por la hinchazón del corazón y la altanería de la ciencia, todo lo que dicen lo manifiestan con el ejemplo de la soberbia [n. 32].

Aun cuando los **Salmos** aparezcan todos incluidos en solo volumen, no son obra, sin embargo, de un mismo y único autor. Son, en efecto, unos diez los profetas que los escribieron en épocas diversas, a saber: Moisés, David, Salomón, Asaf, Hemán, Yedutún, los hijos de Coré, Asir y Abazab o Esdras. Otros consideran que también Ageo y Zacarías forman parte del número

[36]TL, *saeculo*; Proem., *secundo.* Se trata de la circuncisión practicada por Josué a los israelitas que habían nacido durante la permanencia en el desierto (cf. Dt 5,2).

[37]TL omite *Describuntur prospera atque adversa bellorum.*

[38]TL, *desertus* [*digestus*]; Proem., *desectus.*

[39]TL omite *Namque ab exordio... septuagintas duas.*

de sus autores [n. 33].

Ahora bien, acerca de los salmos que aparecen sin título la tradición de los antiguos es la siguiente: el encabezamiento abriría la serie del autor en cuestión; los que le siguen no provistos de dicho encabezamiento serían obra de ese mismo autor. Por otra parte, este libro se caracteriza por sus alegorías y tipos, especialmente los relativos al nacimiento, pasión y resurrección de Cristo. Esto es, en verdad, lo que resuena en el entero libro de los Salmos. Ha de saberse, además, que entre los hebreos los salmos todos habían estado mezclados y desordenados. Fue Esdras el primero en recogerlos en un solo volumen y disponerlos según un orden y numeración, dando preferencia en dicho orden a unos sobre otros, en razón de la profundidad del misterio que en ellos se encerraba, aun cuando fueren posteriores en el tiempo. En efecto, según el curso de la historia, el salmo tercero es posterior al salmo cincuenta; pero, en razón del misterio que contiene, aparece relacionado antes. Lo mismo sucede con los demás, en cuanto que el Espíritu Santo los ordenó de antemano, según quiso [n. 34].

Salomón escribió tres libros. El primero, el libro de los Proverbios; el segundo, el del Eclesiastés; el tercero, el Cantar de los Cantares. En estos tres libros trató sobre las tres clases de disciplinas por las que se llega al conocimiento de las cosas. En primer lugar, la ética, es decir, la moral; después, la física, que comprende las propiedades naturales de las cosas; por último, la teoría, esto es, la ciencia contemplativa [n. 35].

En los **Proverbios**, [**113**] en efecto, sirviéndose para su enseñanza del modo ordinario de hablar, saca a la luz una más profunda comprensión y observancia de los mandamientos, y con sucintas palabras y breves sentencias hace asequible la institución de la doctrina celeste [n. 36].

Se entiende por «proverbio» aquella sentencia que, usando determinadas palabras, explica determinadas cosas, que vienen entendidas de manera diferente a como son dichas, más por la virtud de las frases que por el sonido de las palabras. A esto los griegos lo llaman *paremia*.

El **Eclesiastés**, sacudiendo la naturaleza de las cosas, critica todo lo caduco y vacío que hay en el mundo, [y], considerada la fragilidad de todas las cosas, incita a renunciar al mundo [n. 37].

En el **Cantar de los Cantares**, elevándose por encima de las cosas visibles y contemplando las celestes o divinas bajo la figura del esposo y de la esposa, pone de manifiesto la unión de Cristo con la Iglesia; e, incitando al alma al amor de las cosas del cielo, la provoca a llegar a la comunidad con Dios. Pero no hay que dejar de decir lo siguiente: según nuestros doctores nos transmiten, los hebreos no permitían que este libro fuese leído por una persona cualquiera, a no ser que se tratara de alguien con unos conocimientos ya del todo maduros y una firme fe; y ello con el fin de evitar que, por la inmadurez de la edad y la inexperiencia de la fe, su conocimiento sirviera no tanto para instruir a las mentes inseguras, cuanto más bien para excitar la concupiscencia corporal [n. 38].

Fue cosa habitual que sus doctores transmitieran a los jóvenes todas las Escrituras, incluso las que ellos llaman *deuterocanónicas*, reservando sólo para el final las cuatro siguientes: el comienzo del libro del Génesis sobre la creación del mundo; el comienzo del libro de Ezequiel, donde habla de los querubines; el final de ese mismo libro, donde se contiene la descripción del templo, y el Cantar de los Cantares [n. 39].

El libro de la **Sabiduría**, que recibe el nombre de *Panarethon*, anuncia con toda claridad

la venida y pasión de Cristo, que es la sabiduría del Padre[40] [n. 40].

El **Eclesiástico** presenta con generosidad abundante la enseñanza de casi todas las costumbres y el modo de vivir santamente la vida religiosa. Se le da el nombre de «Eclesiástico», porque se lo leía en medio de la asamblea del pueblo, es decir, en presencia de la Iglesia. En el encabezamiento de este libro, por su gran semejanza de sentido y vecindad de lenguaje, aparece el nombre de Salomón. Consta, no obstante, que fue escrito por Jesús, hijo de Sirac, y que fue acogido con igual veneración entre los restantes libros de las sagradas Escrituras [n. 41].

El profeta **Isaías**, que significa *salus Domini* [salvación del Señor][41], después de que una piedrecita, tomada del altar, purificara sus labios [cf. Is 6,6-7], para hacerlo digno de la profecía del Espíritu Santo, contempla dos querubines —como figura de los dos Testamentos—, con doce alas —es decir, los doce apóstoles, que con su predicación corrieron de una parte a otra con vuelo veloz—, tocando el rostro y los pies del que estaba sentado en el trono de Dios —es decir, ocultando las cosas que fueron antes del comienzo de los siglos, o las que serán después de que pase la figura de este mundo— [n. 42].

Pero, tras la visión de Judá y Jerusalén contra las demás naciones de alrededor, cambia el discurso de la profecía y, conforme a la manera de ser de los lugares y la diversidad de vida, les anuncia los males que les sobrevendrán. Después de la cautividad [**114**] de Jerusalén, lanza la amenaza de la destrucción de Babilonia [n. 43].

Narra, a continuación, la muerte de los filisteos, la devastación de Moab, el exterminio de Damasco, la conmoción de Egipto, la soledad del mar desierto, el asedio de Edom, la fuga y destrucción de Arabia, el excidio del valle de Sion, la subversión de Tiro o de los cuadrúpedos. Pero, figuradamente, en la visión, la Sinagoga viene judía rechazada y la Iglesia unida al Señor; en la destrucción de Babilonia se denuncia la confusión y soberbia del mundo entero y se muestra su fin; en la devastación de Moab, el error de la ciencia de este mundo se convierte en silencio y aflicción [n. 44].

En la conmoción de Egipto, quedan destruidas las idolatrías del orbe entero y se anuncia la edificación del templo del Señor; en la muerte de los filisteos, se representa el dolor de los que rechazan el yugo de Cristo y se alzan contra la ciencia de Dios. Mediante Damasco, además, se muestran la predicación a los gentiles y la ruina del pueblo judío; mediante el oráculo del mar desierto, se denuncia la tentación de este mundo y se manifiestan las cosas que le sobrevendrán [n. 45].

Mediante Idumea, nace el sol de la justicia de las naciones y las tinieblas se ciernen sobre el pueblo judío[42]; mediante Arabia, se prenuncia el agua del bautismo, que se ha de administrar a los que huyan de los errores o blasfemias de los gentiles; mediante el valle de Sion, se predice la perdición de Jerusalén y de los herejes que cayeron de la altura de la Iglesia. Mediante Tiro, se predica a los gentiles, para que, depuesto el error, se conviertan a Cristo el Señor [n. 46].

El resto de su contenido trata de Cristo, de la Iglesia de los gentiles o de la consumación del mundo. Profetizó casi setenta años bajo cuatro reyes en Judá, sucediéndose el uno al otro por orden y descendencia: Ozías, Johatán, Ajab y Ezequías, bajo el cual escribe gran parte de su libro hasta el final de la profecía [n. 47].

---

[40]TL omite *Hunc edidit Iesus... composuit.*

[41]V. *nom. hebr.*, PL 23, 886.

[42]TL, *tenebrae auferuntur populis Iudaeorum*; Proem., *tenebrae veniunt populo Iudaeorum.*

El profeta **Jeremías**, que quiere decir *excelsus Domini* [excelso del Señor][43], es sencillo en el hablar y fácil de entender. Éste, en todas sus palabras y sufrimientos, manifestó la imagen de nuestro Redentor. A este profeta —significando figuradamente a Cristo—, después de destruir los reinos del diablo y de edificar el imperio de la justicia y de la fe, se le manda profetizar contra[44] todas las naciones, esto es, contra Egipto, Filistea, Moab, Amón, Damasco, Quedar, Asur, Elam y Babilonia [n. 48].

Éste ve[45] una vara vigilante de la corrección y potestad divina, así como una olla hirviendo, es decir, al pueblo judío ardiendo con el fuego de los deseos carnales. Ve también dos canastos de higos como prefiguración de dos pueblos [n. 49].

Baja a la casa del alfarero y ve cómo estropea una primera vasija y hace otra nueva, indicando con ello la caída de un primer pueblo y la sucesión de otro. Bebe también el cáliz del suplicio y lo ofrece a todas las gentes. Recibe asimismo una faja de lino, con la que se significa el pueblo judío, y, por haberse podrido, la arroja en la dispersión[46] más allá del río de los gentiles. Muestra también el cáliz de oro de Babilonia, por el que el mundo está embriagado, con la bebida mortífera de la idolatría[47] [n. 50].

Se le ordena arrojar al Eúfrates un volumen atado a una piedra, para indicar la destrucción de Babilonia, o, de manera figurada, del mundo entero. Increpa también a los que delinquen e incita a la conversión [n. 51].

[**115**] Llora, por último, la ruina de Jerusalén, la devastación del templo y la dispersión del pueblo. Comenzó en el año duodécimo de Josías, rey de Judá, y su profecía se extendió a lo largo de cuatro reyes, esto es, de Josías, Elyaquín, Joaquín y Sedecías. En tiempos de este último cayó Jerusalén. Profetizó durante setenta y dos años y cuatro meses, exceptuado el tiempo en que, tras la caída de Jerusalén, estuvo con el pueblo en Egipto [n. 52].

Ezequiel, cuyo nombre quiere decir *fortitudo Dei* [fortaleza de Dios], significando metafóricamente a Cristo, está a orillas del río Kebar[48] y, contemplando[49] misterios sublimes [n. 53], viene a distinguir una apariencia de la gloria de Dios, cuatro animales a semejanza de los cuatro Evangelios y ruedas que se mantenían unidas entre sí como figura de los dos Testamentos[50]. Ve también al auriga, es decir, a Cristo, por abajo, como el fuego del juicio; por arriba, como el fuego del electro, esto es, rutilante por el fulgor de la divinidad. Se le ordena comer también el libro de la Ley divina, en el que está escrito el lamento de los penitentes, el clamor de los justos y los ayes de quienes, después de pecar, no hicieron penitencia [n. 54].

Recibe después un ladrillo, en el que esta dibujada la imagen de Jerusalén sitiada, o en el que[51], bajo el tipo de Cristo, vienen descritos los misterios de esa misma Jerusalén, es decir,

---

[43]V. *nom. hebr.*, PL 23, 886.

[44]TL, *praedicare per*; Proem., *prophetare super.*

[45]TL, *Hic autem vidit*; Proem., *Inter haec videt.*

[46]TL, *in disperatione*; Proem., *in dispersionem.*

[47]TL, *mortiferum idolatriae vase*; *Proem.*, *mortifero idolatriae haustu.*

[48]TL, *iuxta flumen Thobar*; Proem., *iuxta flumen seculi.*

[49]TL, *continens*; Proem., *contuetur*. Prop. *contuens.*

[50]TL, *in typo duorum testamentorum*; Proem., *in typum testamentaorum.*

[51]TL, *quod*; Proem., *in quo*.

de toda la Iglesia, que está formada del costado[52] de Cristo. Se le ordena también a este profeta dormir del lado izquierdo, significando metafóricamente la muerte de los pecadores, que sufrirán los suplicios eternos colocados al lado izquierdo. Y se le ordena después dormir pasando del lado izquierdo al derecho, significando la esperanza de los que obtendrán, por la enmienda de sus vidas, la gloria de la resurrección. Ve también entre tanto[53] dos varas unidas la una con la otra, como prefiguración del pueblo de la circuncisión y de la gentilidad, pero ve igualmente[54] un águila que, en la persona de Nabucodonosor —figura del Anticristo[55]— con sus grandes alas y vuelo veloz ocupa el imperio del mundo entero [n. 55].

Llora, además, bajo la figura del príncipe de Tiro, la beatitud que el diablo perdió y, con lamentos grandes, deplora su ruina. Por último, llevando consigo una caña o un cordel —figura de los santos— mide místicamente la ciudad de Jerusalén [n. 56].

Entre estas cosas llenas de misterio subyacen determinadas realidades morales. Conmina a los falsos profetas y advierte a los centinelas que no guarden silencio ante la maldad. Prenuncia también a los pecadores cuatro castigos de venganzas y profetiza que las almas vuelven a sus cuerpos. Muestra asimismo que cada uno dará cuentas al Señor de sí mismo y que la mancha del delito paterno ya no hará daño a la descendencia santa[56] [n. 57].

Censura, entre otras cosas, bajo la figura de Oholá y Oholibá, toda la desvergüenza de Samaría y Jerusalén y expone su afrentoso nacimiento. A los desterrados los incita muchas veces también a la penitencia y, tras la prevaricación, amonesta al pueblo a volver convertido. Este profeta comenzó a profetizar a los treinta y cinco años de edad, en el año quinto del cautiverio, estando desterrado en Caldea, donde consumó su vaticinio [n. 58].

Daniel, que quiere decir *iudicium Dei* [juicio de Dios, es, entre todos los profetas, el que de forma más expresa habla de Cristo, porque no sólo lo proclamó, como los demás, sino que determinó además, por la sucesión de los reyes y el número de los años, el tiempo de su encarnación y pasión, de manera que no parece tanto predecir[57] lo que está por venir, cuanto narrar más bien, por así decirlo, lo que ya ha sucedido. Éste ve frecuentemente visiones sobre cuatro reinos e introduce[58] sus diferencias bajo [**116**] imágenes diversas [n. 59].

Sobre el Anticristo declara que es de *cuerno pequeño* [cf. Dan 8,9], es decir, que reinará poco tiempo. Escribió muchas cosas acerca de la consumación de Israel, del mundo, del día del juicio y del reino de los santos. Al final del libro de su profecía, coloca la historia de Susana y la fábula de Bel y el Dragón [n. 60].

Este libro, en opinión de los hebreos, fue escrito ciertamente con letras hebreas, pero en lengua caldea. Profetizó en Babilonia, al mismo tiempo que Ezequiel [n. 61].

El profeta **Oseas**, que significa *salvans* [el que salva], es el primero de los doce, más profundo en sus sentencias que los demás y más difícil de entender. Se dirige éste a aquellas

[52]Véase la asociación en latín de *laterem* y *latere.*

[53]TL, *in terra*; Proem., *interea*.

[54]TL, *sive*; Proem., *Sed et*.

[55]TL, *volantem Christi figuram*; Proem., *velut Antichristi figura*

[56]TL, *nec progeniei sanctae ultra nocere labem parteni delicti*; Proem., *nec in progeniem posse ultra defundi labem paterni delicti.*

[57]TL, *praedicare*; Proem., *praedicere*.

[58]TL, *promittit*; Proem., *intromittit*.

tribus que se llamaban [Efraín], Samaría, casa de José e Israel[59]. En cuanto Efraín, acusa a los herejes, que, apartándose por una causa cualquiera de la unidad de la Iglesia, se hicieron partícipes de los ídolos [n. 62].

En cuanto a Samaría, señala el error[60] de los mismos herejes, que dicen falsamente ser custodios de los preceptos de Dios y, bajo pretexto de verdad, cultivan la mentira. Éste proclamó que históricamente los judíos, en el último momento, creerán en Cristo. Predijo también que el día de la resurrección del Señor sería el día tercero. Profetizó en los días Ozías, rey de Judá[61], en tiempos de Isaías [n. 63].

Joel significa *incipiens* [el que comienza]. Éste, dirigiendo su vaticinio sólo a Judá y Jerusalén, al comienzo de su libro, tras voluptuosos banquetes, incita a Jerusalén al llanto y prenuncia su destrucción. Proclama también la llamada de los gentiles y la futura venida del Espíritu Santo sobre la congregación de los creyentes. Profetiza bajo Jotam, rey de Judá, al mismo tiempo que Miqueas [n. 64].

Amós, que significa *onus* [carga], vaticinó en Samaría y Jerusalén, describiendo tres —y un cuarto— crímenes de las naciones, bajo la figura del mundo entero. El primero de los crímenes es que todos pecaron en Adán; el segundo, que, olvidándose de la razón[62], no entendieron la ley ínsita en la naturaleza; el tercero, que no prestaron obediencia a la Ley que les fue dada; el cuarto — y éste inexpiable—, que no creyeron en Cristo. Por tales crímenes, grita con voz de trueno que el Señor caerá como fuego[63], esto es, como sentencia de juicio eterno [n. 65].

Bajo verdad del Señor[64], proclama la venida de Cristo, diciendo: *Yo soy el que afianza el trueno, y crea el espíritu, y anuncia a los hombres su Cristo*[65] (Am 4,13). Las demás cosas que dice[66] sobre Amasías y Jeroboán y sobre Israel han de referirse figuradamente a los herejes. Profetizó en tiempos del rey Ozías, contemporáneamente a Oseas e Isaías [n. 66].

Abdías, que significa *servus Domini* [siervo del Señor], es, entre todos los profetas, el más breve en número de palabras, pero[67] igual en cuanto a los misterios [que contiene]. Hablando contra Idumea, increpa metafóricamente la soberbia de Edom, es decir, la audacia del primer

---

[59]TL, *ad eas tribus quae et Samaria et domus Ioseph et Israel vocabantur*; Proem., *ad eas tribus quae vocantur Ephraim et Samaria, domus Ioseph et Israel*.

[60]TL, *demonstrat errorem*; Proem., *demonstrat figuram*.

[61]TL omite *sive Hieroboam regis Israel*.

[62]TL, *quia in statu naturae legem*; Proem., *quia insitam naturae legem immemores rationis*

[63]TL, *intonat Dominus se ignem... illaturum*; Proem., *intonat dominum ignem... illaturum*.

[64]TL, *sub dominica veritate*; Proem., *sub dominica voce*.

[65]TL y Proem., *Ego firmans tonitruum, et creans spiritum, et annuntians hominibus Christum suum*, que corresponde a la lectura de los LXX: ἰδοὺ ἐγὼ στερεῶν βροντὴν καὶ κτίζων πνεῦμα καὶ ἀπαγγέλλων εἰς ἀνθρώπους τὸν χριστὸν αὐτοῦ; Vlg. traduce, *Ecce formans montes, et creans ventum, et annuntians homini eloquium suum. Christum suum* [τὸν χριστὸν αὐτοῦ] es, posiblemente, una lectura equivocada del hebr. מַה־שֵּׂחוֹ por מְשִׁיחַ.

[66]TL, *retulit*; Proem., *loquitur*.

[67]TL, *sed gratia*; Proem., *sub gratia*.

pueblo[68], porque había dado muerte a Jacob, su hermano, es decir, a Cristo[69]. En el monte Sion, que es Jerusalén, anuncia la salvación futura y al santo, que es el Señor; y en el monte de Esaú[70], por el que se prefigura la Iglesia de los gentiles, proclama con voz de trueno el futuro reino de Dios. Profetizó durante el reinado de Josías, rey de Judá, en tiempos de Miqueas [n. 67].

[**117**] **Jonás**, que quiere decir *columba* [paloma], prefigura, tanto por sus palabras como por su naufragio, la pasión, muerte y resurrección de Cristo: primero, porque de una nave fue arrojado al mar, como [Cristo] de una cruz [fue echado] a la tierra; segundo, porque fue recibido en el vientre del cetáceo, como en la sepultura de la tierra estuvo [Cristo] encerrado tres días y tres noches, y, finalmente, porque, mediante la figura de Nínive, predijo la penitencia del mundo. En las cosas siguientes representa metafóricamente a los judíos, que no sólo no quisieron que los gentiles llegaran a la salvación, sino que, cuando ésta llegó, sintieron envidia [n. 68].

Pues de la misma manera que la salvación de los ninivitas provocó la envidia de Jonás, así también la redención de los gentiles fue motivo de escándalo para los judíos. Con razón se lee que se sentó bajo la sombra de una yedra, contra el Oriente de la ciudad. Así, separándose el mismo pueblo de la salvación de la Iglesia, consumido por el dolor, se esfuerza en murmurar contra Cristo —esto es, el Oriente de la Iglesia—, sentado bajo la sombra de la Ley, sombra que un gusano ya secó, porque, con el advenimiento de Cristo, «*he aquí que lo viejo ha pasado y todo ha sido hecho nuevo*» (2Cor 5,17). Profetizó durante el reinado de Ozías, rey de Judá, cuando Oseas, Amós e Isaías también profetizaban [n. 69].

El profeta **Miqueas**, es decir *quis hic?* [¿quién es éste?], o *quis iste?* [¿quién es ése?], o *humilitas* [humildad], amenaza la ira de Dios contra Samaría a causa de su idolatría, y anuncia la destrucción futura del pueblo de Israel. Señala también el lugar donde nacerá Cristo. Profetizó bajo Josías[71], en tiempos de Sofonías [n. 70].

Nahún, que significa *consolator* [consolador], proclama la destrucción de los ídolos de los gentiles, así como de la ciudad sanguinaria de Jerusalén. Tras su destrucción, anuncia los pies del mensajero de la paz, es decir, la venida del Salvador [n. 71].

Habacuc, que quiere decir *amplexans* [el que abraza], o *luctator fortis* [fuerte luchador], al comienzo de su libro, describe al diablo con sus miembros y costumbres. Al final, anuncia la venida y pasión del Señor [n. 72].

Sofonías significa *Speculator mysteriorum Dei* [centinela de los misterios de Dios][72]. Contempla la futura cautividad de la ciudad de Jerusalén a manos de Roma, por el griterío desde la puerta de los peces y por la devastación de las colinas, es decir, del monte Sion, que es la colina de Jerusalén. Proclama la destrucción de las demás naciones y anuncia con grito atronador el terror del juicio divino [n. 73].

Habla también contra Moab y Amón. Por medio de ellos, sin embargo, como vecinos del pueblo de Dios, son denunciados los herejes, cercanos a los sacramentos católicos[73]. Profetiza

---

[68]TL, *increpans mystice superbiam Edom prioris, videlicet audaciam*; Proem., *increpans mystice superbiam Edom, prioris videlicet populi audaciam.*

[69]TL, *quod Iacob fratrem suum, id est, Christum occiderit in monte Sion*; Proem., *quod Christum occiderit in monte Sion*.

[70]TL, *in monte*; Proem., *in monte Esau.*

[71]TL, *sub Ozia*; Proem., *sub Iosia.*

[72]Proem. añade *et abscondens.*

[73]TL, *ipsos tanquam finitimos populi Dei, proximi*; Proem., *ipsos tamen finitimi populi Dei, et proximi .*

el día tercero de la resurrección de Cristo y anuncia que, con la venida de Cristo, el mundo entero servirá al Señor bajo un único yugo. Profetizó en tiempos de Josías, como Jeremías [n. 74].

Ageo quiere decir *solemnis* [solemne]. En su profecía, ordena la reconstrucción del templo del Señor, predica la contrición de los gentiles, predice la conmoción del mundo entero y, bajo la figura de Zorobabel, vaticina el advenimiento de Cristo. Profetizó en el año septuagésimo de la cautividad del pueblo, anticipándose sólo en dos meses a la profecía de Zacarías [n. 75].

Zacarías, que significa *memoria Domini* [memoria del Señor], tras profetizar la ira del Señor en los padres[74], vio a un [**118**] hombre que montaba un caballo rojo, que significaba[75] en figura el color rojo de la pasión del cuerpo de Cristo o los méritos del pueblo gentil. Vio también cuatro cuernos y cuatro herreros en figura de las naciones que, dispersando a Judá e Israel, con grande carga las oprimieron [n. 76].

Contempla igualmente a Jesús[76], vestido de la bajeza de la carne y de la mortalidad, en figura de sacerdote[77], y, una vez quitadas éstas, revestido de inmortalidad y de gloria. Contempla también una piedra, que es Cristo, con siete ojos, esto es, con la plenitud del Espíritu septiforme. Entre estas cosas, distingue también una torre y un tizón apagado, esto es, el diablo. [Ve también] un candelabro, ciertamente prefigurando a Cristo, con siete lucernas, que son los siete dones del Espíritu[78], así como dos olivos, colocados a derecha e izquierda del candelabro, refigurando[79] tipológicamente los dos Testamentos [n. 77].

Tomó también él mismo dos varas, [a las que llamó] *cordel*» y *decoro* [cf. Zac 11,7], como tipo de los judíos y de los gentiles. Ve después a dos mujeres, con alas[80], esto es, a los pueblos judío y gentil[81], llevando un cántaro, es decir, la doctrina diabólica. También una masa de plomo, que es el peso gravísimo del pecado, así como un libro volando, en el que están escritos los pecados y suplicios de los hombres [n. 78].

Ve también cuatro cuadrigas, corriendo bajo el único yugo de la predicación evangélica. Ve, después de esto, los caballos enviados a la predicación del mundo. El primero, rojo por la pasión del martirio; el segundo, negro, por el luto de la penitencia; el tercero, blanco, por el candor del bautismo; el cuarto, tordo, por la variedad de las virtudes. Refigurando a los santos, contempla también unas trompetas, por las que el Señor hace que en el mundo resuenen sus mandamientos. Y [ve] un ángulo[82], en el cual se unen dos pueblos diferentes; y una estaca, que figuradamente [representa] a Cristo, clavado en los corazones de los pueblos. Describe también al pastor Anticristo, que pone toda su obra y esfuerzos en cosas siniestras[83] [n. 79].

Y [ve] un caballo en figura de la plebe de los herejes; y a su jinete, el diablo. Proclama

---

[74]TL, *postquam iram Domini in patribus prophetavit*; Proem.,*postquam iam Domini patribus prophetavit.*

[75]TL, *significantem*; Proem., *significantia.*

[76]Zacarías habla de Josué.

[77]TL, *per figuram sacerdotis*; Proem. omite esta expresión.

[78]TL, *quae sunt septem dona Spiritus*; Proem., *quae sunt Ecclesiae.*

[79]TL, *figurantes*; Proem., *significantes.*

[80]TL, *in alias Ozia*; Proem., *in alis.*

[81]TL, *Iudaeorum et gentium plebes*; Proem., *haereticorum plebem et Iudaeorum.*

[82]TL y Proem. leen *angelum*, pero debe entenderse *angulum* (cf. Zac 10,4).

[83]TL, *pastorum antichristi opus*; Proem., *pastorem Antichristum, opus.*

también una fuente abierta en la casa del verdadero David para el baño de la regeneración. Todas las demás cosas que escribió o bien versan sobre la venida o pasión del Señor, o sobre el fin y juicio del mundo. Profetizó en el año segundo de Darío, rey de los medos, en tiempos de Ageo, en el año setenta de la destrucción[84] del templo y de la cautividad del pueblo [n. 80].

Malaquías, que significa *angelus Domini* [ángel del Señor], muestra, al principio de su libro, el odio de los judíos en la persona de Esaú, y la dilección del pueblo más joven, en la de Jacob. Reprueba, a continuación, las viejas víctimas y anuncia que el sacrificio es trasladado a los gentiles. Pero, al final, anuncia la venida del Señor. [Proclama] también el día del juicio, los premios de los justos y las penas de los impíos. Anuncia asimismo a Juan, enviado antes de la primera venida del Señor, y a Elías, que será enviado antes de la segunda venida [n. 81].

Entre estas cosas, explica algunas de tipo moral y acordes con las disciplinas. Corrige con ellas al pueblo y a los sacerdotes que desdeñan el nombre de Dios y violan sus sacramentos con oblaciones y sacrificios impuros. Advierte[85] también que los obispos deben ser doctos, sin mancha, etc. y que, sin acepción de personas, deben instruir a los pueblos en la verdad. Reconviene también a los discordantes. [**119**] Prescribe los diezmos y primicias que los pueblos han de entregar a la Iglesia[86] [n. 82].

Censura a los que desprecian a sus cónyuges y se atan[87] con el amor de otras. De manera parecida, [reprocha] a los que, deplorando su propia miseria, felicitan a los que disfrutan de la prosperidad de este mundo. Fue el último en profetizar en Babilonia, cuando Ageo y Zacarías [n. 83].

Esdras escribe que el pueblo de Dios, una vez acabado el tiempo del cautiverio, siendo Ciro rey de los persas, fue devuelto a Jerusalén; y, bajo Zorobabel, Josué, hijo de Josedec, sumo sacerdote, y Nehemías, reconstruyó las murallas, el templo y el altar de Jerusalén; restableció el derecho sacerdotal y el culto de la santa religión, y todo lo embelleció con grandes aportaciones del pueblo y regalos de los príncipes persas [n. 84].

Aunque los libros de los **Macabeos** no formen parte del canon hebreo, la Iglesia los enumera, sin embargo, entre las historias de los libros divinos. Hablan de las guerras entre los jefes hebreos y los pueblos persas, la lucha del sábado y el triunfo de los nobles Macabeos. Habla también de la alianza de amistad con el pueblo de Roma y sus legaciones[88] [n. 85].

Del mismo modo, la introducción de los **Evangelios**, aunque éstos sean cuatro, no deja de ser una sola, porque de la única e idéntica boca de la Trinidad procede. Éstos son los cuatro ríos que manaban de la única fuente del paraíso, que bajan corriendo con cuádruple unión[89] y, portadores de la predicación del cielo, esparcen por todo el mundo los arroyos de la gracia y el vigor de la fe [n. 86] [90].

Éstos son aquella cuadriga del Señor, que se lee en Zacarías, con la cual, llevado por todo el orbe, somete a sí con suave yugo las cervices de todas las naciones. Éstos son también los que

[84]TL, *dissolutionis*; Proem., *desolationis.*

[85]TL, *qui monet*; Proem., *praemonet.*

[86]TL, *reddendas populis Ecclesiae*; Proem., *reddendas Apostolis Ecclesiae*

[87]TI, *nituntur*; Proem., *nectuntur.*

[88]TL, *cum populo Romanorum atque legationum*; Proem., *cum Romanorum ducibus, factaque legatione.*

[89]TL, *quaeque dupliciter uno ore decurrunt*; Proem., *quae quadruplici unione decurrunt*.

[90]TL, *caelestis ministrantes fluenta gratiae ac fidei verbis indundunt*; Proem., *caelestis praedicationis ministrantes fluenta gratiae ac fidei vigorem indundunt*.

la visión profética describe bajo la apariencia de cuatro animales, esto es, un hombre, un león, un ternero y un águila [n. 87].

El primero[91], con apariencia de hombre, representa el orden del nacimiento humano. El segundo[92], a modo de león rugiente, hace pensar al punto en la fuerza del poder divino, al comienzo de su relato[93]. El tercero[94], anunciando de antemano la víctima del sacerdote, insinúa la muerte del ternero. El cuarto[95], a modo de un águila, mirando atentamente[96] al cielo, atraviesa ávido con su vuelo la tierra y con el conocimiento oculto del misterio penetra la natividad del Verbo. Pero de entre éstos, los tres animales que caminan por la tierra[97], siguiendo la vida actual, representan sólo aquello que Cristo, en cuanto hombre, llevó consigo temporalmente en la tierra. El cuarto animal observa con la agudeza de la contemplación las cosas celestes y distribuye los misterios, escasos en cuanto a las obras[98], abundantes en divinidad [n. 88][99].

De éstos, el primero y el último transmitieron lo que ellos mismos oyeron de labios de Cristo, o los hechos o prodigios que vieron[100]. Los dos de enmedio transmitieron aquellas cosas que llegaron a saber sólo a través de los apóstoles. El primero de ellos, **Mateo**, escribió su evangelio ciertamente en Judea; después, **Marcos**, en Italia; **Lucas**, el tercero, en Acaya; el último, **Juan**, en Asia. Entre ellos, Mateo fue el único que redactó su relato en hebreo; los demás lo hicieron en lengua griega [n. 91].

Pablo redactó catorce cartas. Por el carácter septiforme de la Iglesia, unas las escribió a siete iglesias, manteniendo más bien, no excediendo, el número de los sacramentos, [**120**] en razón de la eficacia septiforme del Espíritu Santo: a los **Romanos**, a los **Corintios**, a los **Gálatas**, a los **Efesios**, a los **Filipenses**, a los **Colosenses** y a los **Hebreos**. Las restantes, después, las escribió a personas concretas, para hacer volver de nuevo el número septeneario al sacramento de la unidad [n. 92].

Los argumentos de cada una de estas cartas son los siguientes. En primer lugar, colma de elogios al pueblo de Roma. Con doble enseñanza reprende a los corintios. Con relación a los gálatas, por la gracia de la fe excluye las obras de la Ley. Engrandece a los efesios en la fe que recibieron. Alaba a los colosenses, por permanecer firmes en la fe. Felicita a los filipenses, por haber guardado el evangelio. En su primera carta a los tesalonicenses, se enorgullece de ellos, por su crecimiento en la fe y en las obras; en la segunda, por haber soportado valientemente las persecuciones [n. 93].

Mediante las cartas a **Timoteo** y a **Tito**, instruye a las Iglesias. Suplica a **Filemón** en favor de Onésimo, criado suyo ya enmendado. Por último, a los hebreos que creyeron en Cristo,

---

[91]TL, *primus, ut*; Proem., *primus, scilicet Matthaeus, ut.*

[92]TL, *secundus ad*; Proem., *secundus, scilicet Marcus, ad.*

[93]TL, *sui sermonis divinae potestatis fortitudinem intimat*; Proem., *sui divinae potestatis fortitudinem intonat.*

[94]TL, *tertius victimam*; Proem., *tertius, scilicet Lucas, victimam.*

[95]TL, *quartus more*; Proem., *quartis, scilicet Ioannes, more.*

[96]TL, *assectans*; Proem., *aspectans*.

[97]TL, *Sed ex his tria illa animalia... sequentes*; Proem., *Sed et haec tria animalia... sequendo.*

[98]TL, *et paulatim operum*; Proem., *et pauca operum*.

[99]TL omite Proem., 89-90.

[100]TL, *viderunt*; Proem., *audierunt.*

pero que, aterrorizados[101] por las sucesivas persecuciones de los judíos, habían retrocedido en la fe, los conforta y los vuelve a llamar a la gracia del Evangelio [n. 94].

Pedro escribió dos cartas, que reciben el nombre de *católicas*[102]. Las escribió a los creyentes circuncisos que vivían en la diáspora. Es cierto que algunos consideran que éstas son de naturaleza más llana; no obstante, están tan repletas de sentidos que, por su medio, quienes pueden escrutar el sentido de la ciencia divina les observan que, como a través de cierto breve receptáculo, grandes sentencias y grandes[103] misterios les son revelados [n. 96][104].

Santiago, el hermano del Señor, una carta para la pertinente edificación de la Iglesia. Su pensamiento parece infundir en los lectores una inmensa claridad de ciencia [n. 100].

El apóstol **Juan** escribió tres cartas. La primera, recomendando el oficio de la caridad, versa toda ella sobre el amor a Dios y la dilección fraterna [n. 101].

La segunda, dirigida a la *Elegida*», exhorta también al amor, da a conocer a los seductores y advierte que hay que apartarse de los herejes [n. 102].

La tercera la escribió a Gayo; en ella lo elogia por su deseo de verdad y obras de misericordia; le da a conocer, después, la protervia de un tal Diótrefes y da testimonio de verdad en favor de Demetrio [n. 103].

La carta de **Judas** increpa a los que blasfeman de Cristo y a ciertos impúdicos que, a ejemplo de los impíos, por la soberbia y la lujuria, han sido entregados a los fuegos eternos. En favor de ellos, amonesta a la Iglesia a que los convenza de su error y los exhorte a la penitencia [n. 104].

La historia de los **Hechos de los Apóstoles** describe la fe y obras de la Iglesia naciente. Su autor es ciertamente el evangelista Lucas. Contiene este libro todo aquello que, por la gracia del Espíritu Santo, tanto Pedro como los demás apóstoles realizaron entre judíos y gentiles [n. 105].

El **Apocalipsis** de Juan, después de la orden de escribir a las siete Iglesias, ve al Hijo del hombre, sentado en un trono, y a veinticuatro ancianos y cuatro animales postrados ante el trono. A la derecha del que está sentado, ve también un libro sellado con siete sellos, en el que están escritos la guerra, el hambre, la muerte, el clamor de los muertos y el fin del mundo [n. 106].

Describe, después, los doce mil siervos de [**121**] Dios que están signados en sus frentes. [Describe este libro, a continuación], los siete ángeles tocan las trompetas, a lo que siguen pedrisco y fuego con sangre que caen contra la tierra[105]. En él también una tercera parte de la tierra será consumida por el fuego. Una tercera parte del mar se convertirá en sangre, y los mismos astros brillantes pierden la tercera parte de su fulgor. En él, del humo del pozo se hace salir langostas, que reciben el poder demoníaco de dañar a los que no están sellados con la sangre del cordero [n. 107].

Se come, después, el evangelista el libro del Evangelio, suavísimo al paladar por el contenido y amargo por la dificultad de las obras. El templo celeste es medido. Describe las palabras de los veinticuatro ancianos. Contempla el arca de la Alianza, a la mujer vestida de sol,

---

[101]TL, *territi*; Proem., *torti*.

[102]TL, *quae Catholicae nuncupantur*; Proem., *quae canonicae nominantur.*

[103]TL, *receptaculum, magna*; Proem*., receptaculum, magnas sententias et magna.*

[104]TL omite Proem., 97-99.

[105]TL, *in terram*; Proem., *in terra.*

la lucha de Miguel con el dragón y la ruina de este último. Describe, además, la figura del Anticristo, que tiene las siete cabezas del reino y los cuernos de la potestad, y el misterio del nombre[106] [n. 108].

Habla, entre estas cosas, del cántico nuevo de la Alianza, y ve a unos ángeles llevando unas copas[107]. Contempla, de manera parecida, la muerte de la bestia y la beatitud de los que conservaron los vestidos de su cuerpo sin mancha[108], esto es, sin la pasión de la carne. Sigue, a continuación, la muerte de la meretriz Babilonia, las bodas del Cordero, la llegada del juicio, la muerte del Anticristo, el castigo eterno del diablo. Por último[109], habla de la resurrección de los muertos, del cielo nuevo y de la tierra nueva, y de la descripción de Jerusalén. Menciona también el río puro del bautismo y el árbol de la vida, Jesucristo Señor nuestro [n. 109].

CAPÍTULO CUARTO

SOBRE LA BIBLIOTECA[110].

La palabra *bibliotheca* [biblioteca] viene del griego. Se llama así, porque es el lugar donde se guardan los libros. La traducción de *biblíôn* es, en efecto, *librorum* [de los libros], y la de *thêkê*, *repositio* [depósito].

Una vez vueltos los judíos a Jerusalén, fue el escriba Esdras quien, inspirado por el Espíritu Santo, preparó nuevamente la biblioteca del Antiguo Testamento, después de que los caldeos la hubiesen entregado a las llamas. Corrigió también todos los volúmenes de la Ley y de los Profetas, que los gentiles habían corrompido, y dispuso la totalidad del Antiguo Testamento en un número de veintidós libros, de manera que hubiese en la Ley tantos libros como letras.

Entre los griegos, por su parte, se considera que fue Pisístrato, tirano de Atenas[111], el primero en fundar una biblioteca. Los atenienses la acrecieron de manera ininterrumpida; pero, cuando Atenas fue incendiada, Jerjes la trasladó a Persia, hasta que, bastante tiempo después, Seleuco Nicanor, la restituyó de nuevo a Grecia.

Nació de aquí el deseo en reyes y ciudades de adquirir libros de todas las procedencias y encomendar a sus traductores verterlos a la lengua griega.

A partir de entonces, Alejandro Magno, o sus sucesores, ponen gran atención en proveer a sus bibliotecas de toda clase de volúmenes. De manera particular, Tolomeo, de sobrenombre Filadelfo, de enorme penetración en todo género de literatura, con el fin de emular a Pisístrato en su afán por los libros, trajo a su biblioteca no sólo las escrituras de los gentiles, sino también las escrituras santas. En su época, la biblioteca de Alejandría llegó a contar efectivamente con unos setenta mil libros[112].

---

[106]TL, *numerum hominis*; Proem., *mysterium nominis*.

[107]TL, *stateras*; Proem., *phialas*.

[108]TL omite *absque macula*.

[109]TL, *et ultimam*; Proem., *Ad ultimum*.

[110]Sigue *Etym*., VI,3,1-5; 4,1-5.

[111]TL, *creditur tyrannus quam*; Etym., *creditur atheniensium tyrannus quam.*

[112]Lo que a continuación sigue, hasta el final del presente capítulo, corresponde a *Etym*., VI,4,1-5, que constituye un capítulo aparte: *De interpretibus.*

Fue también éste quien, previa petición al pontífice Eleazar y sirviéndose de setenta intérpretes, se encargó de hacer traducir el Antiguo Testamento del hebreo al griego, obra que conservó en la biblioteca de Alejandría. Supuesto que —como algunos aseguran[113] — todos ellos fueron acomodados en celdas separadas, [**122**] de tal modo fueron inspirados por el Espíritu Santo en la realización de sus traducciones que en ningún manuscrito nada se halló en discrepancia de los demás, ni siquiera en el orden de las palabras.

Hubo, además, otros intérpretes que tradujeron las sagradas palabras de la lengua hebrea a la griega. Tales fueron Aquila, Sínmaco y Teodición.

Existe también aquella otra traducción en lengua vulgar, cuyo autor se desconoce y que, por esta razón, se la llama *quinta edición*, sin nombre de intérprete alguno. Orígenes, además, con esfuerzo admirable, se hizo con una sexta y séptima edición y las dispuso junto a las demás ediciones.

Y el presbítero Jerónimo, experto conocedor[114] de las tres lenguas, tradujo estas mismas Escrituras al latín y las transmitió de manera elocuentísima. Su traducción goza, con toda justicia, de preferencia sobre todas las demás, pues es la que con mayor fidelidad vierte las palabras y con más claridad y agudeza expone la sentencia.

CAPÍTULO QUINTO

SOBRE LA DIVERSIDAD DE OPÚSCULOS[115].

Sabido es que los opúsculos son de tres clases. La primera se llaman *excerpta* [extractos], que los griegos denominan *scholia*. En ellos se extractan, de manera sumaria y breve, aquellas cosas que resultan oscuras o difíciles.

La segunda son las *homiliaí*, que los latinos llaman *verba* [discursos]; éstas se pronuncian en público. La tercera son los *tómoi*, que nosotros conocemos con los nombres de *libri* [libros] o *volumina* [volúmenes]. Las homilías van dirigidas al vulgo, pero los tomos, esto es, los libros, se reservan para una disertación de alcance mayor. *Dialogus* [diálogo] es el intercambio de ideas entre dos o más personas; los latinos lo llaman *sermo* [conversación]. En efecto, lo que los griegos llaman *diálogoi*, nosotros lo llamamos *sermones*. Ahora bien, recibe el nombre de *conversación*, porque se entrelaza entre uno y otro. De aquí que leamos en Virgilio: *Muchas cosas entre sí* [con variado discurso] *entrelazaban*[116].

Tractatus [tratado] es la exposición múltiple de una sola cosa, porque trata del sentido de una cosa bajo aspectos diversos, contrastándolos entre sí.

Pero hay que distinguir entre conversación, tratado y discurso. La conversación, en efecto, precisa de otra persona. El tratado es particularmente para uno mismo. El discurso va dirigido a todos. De ahí que se diga: *Dirigió un discurso al pueblo*.

[113]TL, *cellulis (ut quidam asserunt) separati*; Etym., *cellulis separati.*

[114]TL, *pariter*; Etym., *peritus.*

[115]Sigue *Etym*., VI,8,1-18; 13,1-3; 14,1-8.

[116]VIRGILIO, *En.*, VI,160: *Multa inter sese* [*vario sermone*] *serebant.*

Commentaria [comentarios] son algo así como ideas[117]. Son, en efecto, interpretaciones, como las explicaciones relativas al derecho o al Evangelio.

Se dice que es *apologeticus* [apologético] el discurso de justificación con la que algunos suelen responder a los acusadores. Se sustenta, en efecto, únicamente en la defensa o en la negación; su nombre viene del griego.

Panegyricum [panegírico] es un género oratorio licencioso y exagerado en alabanza de los reyes, en cuya composición se adulan a los hombres con abundantes mentiras. Este mal tuvo su origen en los griegos, cuya ligereza —instruida por la facilidad y riqueza increíble en el arte de hablar— hizo que se levantaran verdaderas nubes de embusteros.

Libros de los *fastos* son aquéllos en que vienen anotados reyes y cónsules. Su nombre proviene del latín *fasces*, es decir, potestades. De ahí los *Libri fastorum* [libros de los fastos] de Ovidio. Se llaman así, porque tratan de reyes y cónsules.

Proemium [proemio] es el comienzo de lo que se va a decir. Proemios son, en efecto, los principios de los libros, que, antes de la narración del asunto en sí, sirven para suscitar la atención de los oyentes. Numerosos y expertos latinos adoptaron este nombre sin traducirlo. No obstante, este vocablo equivale entre nosotros a *praefatio*, algo así como pre-locución.

Praecepta [preceptos] son aquellas cosas que enseñan qué se debe hacer o qué no se debe hacer. Qué se debe hacer, por ejemplo: [**123**] «*Ama al Señor, tu Dios*» (Dt 6,5); «*Honra a tu padre y a tu madre*» (Éx 20,12). Qué no se debe hacer, por ejemplo: «*No fornicarás. No robarás*» (Éx 20,14-15).

De manera parecida, también los preceptos de los gentiles ordenan o prohíben. Por ejemplo, ordenan lo que hay que hacer: *Ara desnudo, siembra desnudo*[118]. Prohíben: *No siembres entre las vides el avellano, ni cortes los sarmientos por su punta*[119].

El primero que entre los hebreos escribió preceptos fue Moisés. Y el primero que entre los latinos los compuso fue el poeta Marcio. Suyo es el siguiente[120]: *Sé el último en hablar y el primero en callar*[121].

Parabolae [parábolas] y *problemata* [problemas] son términos que de por sí están indicando que es necesario ahondar más allá de ellos mismos. La *parábola* ciertamente contiene en sí, de manera clara, la similitud con un asunto determinado; y, aunque es un vocablo griego, se usa como si fuera latino. Y sabido es que lo que viene dicho en las parábolas compara las similitudes con el sujeto de que se trata. Por su parte, los *problemas*, que en latín llamamos *propositiones* [proposiciones], son cuestiones que contienen algo que debe resolverse mediante el examen de sus diferentes aspectos.

Quaetio [cuestión] es cuando se inquiere si una cosa es, qué es o cómo es[122].

Argumentum [argumento] recibe este nombre como algo relacionado con la argucia, algo que se halla ingeniosamente con el fin de probar una determinada cosa.

Epistola [epístola] es para los griegos lo que para los latinos es *missa* [lo que se envía].

---

[117]TL, *commenta*; Etym., *cum mente*.

[118]VIRGILIO, *Georg.,* II,199: *Nudus ara, sere nudus*.

[119]VIRGILIO, *Georg.,* II,299: *Neve inter vites corylum sere, neve flagella / summa pete*.

[120]MARCIO, *Poet.,* I: *Postremus dicas, primus taceas*.

[121]TL, *tactas* [*agas*]; Etym., *taceas*.

[122]TL, *Quaestio autem est, cum quaeritur, an quid sit, aut quale sit*; Etym., *Quaestio autem est quaesitio, cum quaeritur an sit, quid sit, quale sit*.

En efecto, *styla* o *styli* son la cosa enviada o los enviados mismos[123]. Antes de que empezaran a usarse los [papiros y] pergaminos[124], lo que había de decirse se escribía en tablillas de madera pulida. De ahí que los portadores de las mismas recibieran el nombre de *tabellarii* [mensajeros][125].

El término *codex* [códice] designa un conjunto de varios libros; el de *liber* [libro], un solo volumen. Recibe, por translación, el nombre de «códice» de la madera de los árboles o de las vides, una vez desprovista de ramas y *codices* [cortezas], como si se dijera *caudex* [tronco], porque sostiene de por sí multitud de libros, como si de ramas se tratara.

Volumen [volumen] es un libro que toma su nombre del verbo *volvere* [enrollar]; por ejemplo, los volúmenes hebreos de la Ley o de los Profetas.

Liber [libro] es la envoltura interior de la corteza que está pegada a la madera. De él dice Virgilio[126]: *Se seca el* libro *en el alto olmo*. De ahí que se llame *libro* a aquello en lo que escribimos, porque, antes de ponerse en uso los papiros y pergaminos, los volúmenes se obtenían y compaginaban de las membranas de los árboles. Y de ahí también que a los escritores se les diera el nombre de *librarii* [libreros], nombre tomado de las fibras interiores de la corteza de los árboles[127].

Los libreros eran llamados anteriormente *bibliopolae* [bibliopolas], pues los griegos al libro lo llaman *bíblos*. Pero a éstos se les llama también *antiquarii* [anticuarios]. Ahora bien, libreros son los que escriben cosas nuevas y antiguas; anticuarios, los que escriben sólo cosas antiguas, de donde tomaron el nombre.

El llamado *scriba* [escriba] tomó su nombre de *ascribere* [escribir], expresando el oficio por la cualidad del vocablo. Los instrumentos del escriba son el cálamo y la pluma, pues sirviéndose de ellos graban las palabras en las páginas. El cálamo procede del árbol; la pluma, de de las aves. Su punta se secciona en dos partes, manteniéndose unida en todo el resto. Creo que se debe ello a un misterio: significar en esas dos puntas el Antiguo y Nuevo Testamento, en los que se expresa el sacramento del Verbo efundido mediante la sangre de la pasión. Se llama *calamus* [cálamo], porque pone el líquido. De ahí también que entre los navegantes, *ponere* [poner] se diga *calare*[128].

Por su parte, *penna* [pluma] viene del verbo *pendeo* [estar pendido de], es decir, *volar*, pues —como ya hemos dicho— es propia de las aves.

Las *folia* [hojas] de los libros se llaman así, o por su parecido con las hojas de los árboles, o porque están hechas de *folles*, es decir, de las pieles que suelen obtenerse de los animales sacrificados. Cada una de sus dos caras se llaman *paginae* [páginas], porque compaginan[129] entre sí.

El *versus* [verso], por su parte, recibe este nombre de *vulgus* [vulgo], porque [**124**] los

---

[123] *Missi.*

[124] TL, *ante membranorum usum*; Etym., *ante cartae et membranorum usum*.

[125] Lo que a continuación sigue corresponde a *Etym*., VI,13,1-3, que forma un capítulo aparte: *De librorum vocabulis.*

[126] VIRGILIO, *Buc.,* X,67: *Alta liber haeret in ulmo.*

[127] Lo que a continuación sigue, hasta el final del presente capíritulo, corresponde a *Etym*., VI,14,1-8, que forma un capítulo aparte: *De librariis et eorum instrumentis.*

[128] El griego κάλαμος es hecho derivar de καλάω, verbo que puede significar poner, echar, depositar, dejar ir, etc. Véase OROZ-MARTOS, *o.c.*., nota 36, pág. 580.

[129] TL, *compaginantur*; Etym., *compingantur.*

antiguos escribían igual que se ara la tierra. En efecto, la pluma corría, primero, de izquierda a derecha; se volvía, después, bajando un poco, y seguía de nuevo hacia la derecha. Aún hoy, los hombres del campo a los surcos los llaman *versos*.

Scheda [apuntes] es lo que todavía puede enmendarse, porque aún no está redactado en libros. Se trata de un nombre griego, igual que *tomus* [tomo].

CAPÍTULO SEXTO

SOBRE LOS CÁNONES DE LOS EVANGELIOS[130].

Fue Amonio de Alejandría el primero en idear los *canones* [cánones] de los Evangelios. Eusebio de Cesarea, tiempo después, los perfeccionó. Dichos cánones tenían como fin que, por ellos, se pudiera a encontrar y llegar a conocer qué dijeron los evangelistas como cosa común a los demás o, por el contrario, como algo exclusivo de cada uno de ellos.

Diez son estos cánones. El primero contiene los números en los que los cuatro [evangelistas] coinciden: Mateo, Marcos, Lucas, Juan. El segundo, las coincidencias de tres: Mateo, Marcos, Lucas. El tercero, también de tres: Mateo, Lucas, Juan. El cuarto, de tres: Mateo, Marcos, Juan. El quinto, de dos: Mateo, Lucas. El sexto, de dos: Mateo, Marcos. El séptimo, de dos: Mateo, Juan. El octavo, de dos: Lucas, Marcos. El noveno, de dos: Lucas, Juan. El décimo, el material propio de cada uno de ellos.

La forma de exposición es la siguiente: a cada capítulo de cada uno de los evangelistas se le adjudica al margen un número determinado; bajo estos números aparece[131] un espacio, señalado en color minio, que indica en cuántos cánones está colocado el número al que está sujeto el espacio en cuestión. Por ejemplo: si es el espacio primero, en el canon primero; si el segundo, en el segundo; si el tercero, en el tercero. Y así sucesivamente hasta llegar al décimo.

Si uno, pues, abre cualquier el Evangelio y tiene el gusto de saber qué cosas parecidas se encuentran en cada uno de los evangelistas, se fijará en el número que está colado junto al margen del capítulo y buscará ese mismo número en el canon que indica, y encontrará allí quiénes dijeron y qué dijeron[132]. Y así, en fin, por estar éstos señalados[133] con el mismo número, podrá encontrarse en qué pasajes del conjunto de la obra cada uno de los Evangelios dijeron las mismas cosas.

[130]Sigue *Etym*., VI,15,1-6.

[131]TL, *subiecta*; Etym., *subdicta.*

[132]TL, *qui et quid dixerunt*; Etym., *quot et qui dixerint.*

[133]TL, *dicantur*; Etym., *indicantur.*

CAPÍTULO SÉPTIMO

SOBRE LOS CÁNONES DE LOS CONCILIOS[134].

La palabra griega *kánon* significa, en latín, *regula* [regla]. Pero el nombre de *regla* responde a que conduce rectamente y nunca lleva en otra dirección. Según opinión de otros, la regla recibe tal nombre, bien porque rige, bien porque ofrece la norma para vivir con rectitud, o bien porque [endereza] lo que está torcido y corrige lo que está mal[135].

Ahora bien, los cánones de los concilios generales datan de los tiempos de Constantino, pues, en los años precedentes —años de encendidas persecuciones— escasísima era la posibilidad de procurar enseñanza a las gentes.

De aquí que la cristiandad se escindiera en herejías diversas, ya que a los obispos no les estaba permitido reunirse, hasta llegado el tiempo del emperador antes mencionado. Éste dio, en efecto, a los cristianos la facultad de reunirse libremente. Bajo éste también, los santos Padres, reuniéndose en concilio, en Nicea, desde todos los puntos de la tierra, enseñaron el [segundo] símbolo después[136] de los Apóstoles, según la fe evangélica y apostólica.

Ahora bien, entre todos los concilios, cuatro son los sínodos venerables, que abrazan de manera principal la totalidad de la fe, como si de los cuatro Evangelios o de los cuatro ríos [**125**] del Paraíso se tratara.

El primero de ellos es el de Nicea, sínodo que, formado por trescientos dieciocho obispos, se celebró bajo el reinado de Constantino Augusto. Se condenó en él la blasfema perfidia arriana, que sobre la desigualdad de la santísima Trinidad el mismo Arrio sostenía. Este santo sínodo definió, por medio del símbolo, que Dios Hijo es consustancial a Dios Padre[137].

El segundo sínodo, celebrado bajo Teodosio el Viejo, congregó a ciento cincuenta Padres. Este concilio, al condenar como hereje al obispo Macedonio, que negaba que el Espíritu Santo es Dios[138], enseñó que el Espíritu Santo es consustancial al Padre y al Hijo, produciendo así la forma del símbolo que la entera confesión de las iglesias griegas y latinas predica.

El tercero es el sínodo primero de Éfeso, celebrado bajo Teodosio Augusto el Joven, con la participación de doscientos obispos. En él se condenó con justo anatema a Nestorio, que sostenía que en Cristo hay dos personas; [el concilio] enseñó que en [sus] dos naturalezas permanece una única persona de Jesucristo, el Señor.

El cuarto sínodo es el de Calcedonia, celebrado bajo el emperador Marciano. Asistieron seiscientos treinta sacerdotes y en él se condenó a Eutiques, abad de Constantinopla, el cual proclamaba que una sola es la naturaleza del Verbo de Dios y de [su] carne. Con sentencia

---

[134] *Etym.*, VI,16,1-13.

[135] *Regula > regere, rectus, corrigere.*

[136] TL, *Apostolicam symbolon post*; Etym., *apostolicam secundum symbolon post.*

[137] TL, *blasphemia de inaequalitate sanctae Trinitatis, id est, Arius asserebat consubstantialem Deo Patri Deum Filium, eadem sancta synodus per symbolum definivit*; Etym., *blasphemia condemnata, quam de inaequalitate sanctae Trinitatis idem Arius asserebat; consubstantialem Deo Patri Deum Filium idem sancta synodus per symbolum definivit.* En nota a pie de página, dado el estado del texto, TL aclara: Locus corruptissimus sic videtur restituendus: *Arius asserebat consubstantialem Deo Patri non esse Deum Filum, cuius contrarium sancta synodus per symbolum definivit.*

[138] TL, *Macedonium Episcopum negantem Deum esse Spiritum sanctum*; Etym., *Macedonium sanctum Spiritum Deum esse negantem.*

unánime de los Padres se condenó[139] también a su defensor, Dióscoro, tiempo atrás obispo de Alejandría, y nuevamente al mismo Nestorio, junto con otros herejes más. Este mismo sínodo enseñó que Cristo nació Dios de la Virgen, de manera que confesemos que en él existe la sustancia de la naturaleza humana y divina.

Éstos son los cuatro sínodos principales, que enseñan de manera plena la doctrina de la fe. Pero si bien se fueron celebrando otros concilios, que, tras la autoridad de estos cuatro, recibieron la aprobación de los santos Padres, llenos del Espíritu de Dios, permanece, no obstante, con toda vigencia lo ya establecido, en cuanto que en su obra se encierra la importancia suma de los cimientos.

Sabemos que el término griego *sýnodon* se traduce por *comitatus* [asamblea] o *coetus* [reunión]. *Concilium* [concilium] en cambio, es nombre traído de la costumbre romana. En efecto, a la hora de enjuiciar una causa, se reunían todos en un mismo lugar y con común intención deliberaban sobre ella. De aquí también que el nombre de *concilio* provenga de *communi intentione* [común intención], algo así como si dijéramos *communicilium*[140], pues las *cilia* [cejas] son propias de los ojos. De ahí también que al *concilio* se le llame *considium* [estar sentados juntos], cambiando la L en D.

Coetus es un encuentro o congregación. La palabra procede del verbo *coire*, es decir, convenir en un mismo lugar. De ahí igualmente que se le llame *conventus*, del mismo modo que *con-vento* es una *con-unión* o concilio de muchas personas en un mismo lugar.

CAPÍTULO OCTAVO

SOBRE EL CICLO PASCUAL[141].

El obispo Hipólito fue el primero que, en tiempos del emperador Alejandro, dio forma al ciclo pascual. Después de él, otros muy afamados autores —Eusebio de Cesarea, Teófilo de Alejandría, Próspero de Aquitania y Victorino[142]—, aumentado ya el número de sus festividades, se encargaron de publicar otros muchos ciclos.

El bienaventurado Cirilo, obispo de la ciudad de Alejandría, fue ciertamente el que, de la [**126**] manera más sucinta, determinó su ordenamiento, calculando para el espacio de tiempo de noventa y cinco años —es decir, cinco por diecinueve— en qué calenda o luna debía celebrarse la solemnidad de la Pascua.

Recibe el nombre de *cyclum* [ciclo], porque está distribuido en forma orbicular y, como dispuesto en círculo, completa la sucesión de los años sin variación o artificio alguno. De aquí se explica también que a los versos de un contenido cualquiera, hechos de manera simple, se les denomine *cíclicos*. De aquí también que se le llame *laterculum* [lista], porque contiene la serie ordenada de las listas[143] de los años [...[144]].

---

[139]TL, *praedamnavit*; Etym., *condamnavit.*

[140]TL, *communicilium*; Etym., *cumcilium.*

[141]Sigue *Etym*., VI,17,1-4.9b-26.

[142]TL, *Victorinus*; Etym., *Victorius.*

[143]TL, *tractuum*; Etym., *stratum.*

[144]TL omite la relación de los cinco ciclos decemnovenales, que san Isidoro relaciona detalladamente.

Tras su cumplimento, se ha de volver[145] al comienzo primero.

Antiguamente, la Iglesia celebraba la Pascua durante la decimocuarta luna, igual que los judíos, sin importar el día en que cayera. Dicha costumbre quedó prohibida por los Padres en el concilio de Nicea, estableciéndose que no sólo se debía tomar en cuenta la luna pascual y el mes[146], sino observar también y, sobre todo, el día de la resurrección del Señor. Por eso alargaron la celebración pascual desde la decimocuarta[147] luna hasta la vigésimo primera, para que el domingo no quedase excluido.

Ahora bien, *pascha* [pascua] no es un vocablo griego, sino hebreo; y nada tiene que ver con *passio* [pasión] (pues el verbo griego *páschein* significa *pati* [padecer]), sino que quiere decir *transitus* [paso], del hebreo *pascha*, en referencia al paso del pueblo de Dios de la tierra de Egipto.

De ahí también que se lea en el Evangelio de Juan: «*Cuando vio que había llegado la hora de pasar de este mundo al Padre*» (Jn 13,1). Ésta es la razón de por qué esa noche se pasa toda en vela[148]: por la venida del Rey y Dios nuestro, para que el momento de su resurrección no nos encuentre dormidos, sino vigilantes.

Doble es el significado de esta noche: el primero es que, luego de haber sufrido pasión, en ella recibió la vida; después, que en la misma hora en que resucitó ha de venir como juez.

De esta manera, nosotros celebramos la Pascua no sólo para volver a evocar, como memorial, la muerte y resurrección de Cristo, sino para penetrar también en aquellas otras cosas que sobre él vienen atestiguadas, conforme se significan en los sacramentos.

En efecto, por el comienzo de una nueva vida y por el hombre nuevo del que se nos manda revestirnos, despojándonos del viejo [cf. Ef 4,22.24], *nos limpiamos de la vieja levadura, para convertirnos en masa nueva, porque Cristo, nuestra Pascua, ha sido inmolado* (1Cor 5,7).

Así, pues, por esta novedad de vida, el mes primero de las cosas nuevas en los meses del año es atribuido místicamente a la celebración de la Pascua.

Ahora bien, el hecho de que la Pascua se celebre en un día de la tercera semana —esto es, un día entre el decimocuarto y el vigésimo primero— significa que, considerando todas las etapas del mundo —las cuales se distribuyen según un número septenario de días—, este sacramento inaugura la tercera.

En efecto, la primera etapa es la que precede a la Ley; la segunda la que está bajo la Ley; la tercera la que se encuentra bajo la Gracia. En esta última se ha revelado ya el sacramento que antes permanecía oculto en el enigma profético.

Asimismo, por estas tres etapas del mundo, la resurrección del Señor aconteció en el tercer día. Pero que el día de la Pascua deba encontrarse entre la decimocuarta y la vigésimo primera luna, se debe a ese dicho número septenario, al que con frecuencia se le da el significado de universalidad, [y que], por esa misma universalidad, se lo atribuye también a la Iglesia.

De ahí que el apóstol san Juan escribiera a las siete iglesias (Apc 19). Pero la Iglesia, constituida aún en esta carne mortal, por esa misma mutabilidad, viene representada en las Escrituras con el nombre de *luna* [luna].

Ahora bien, la diferencia [**127**] de opiniones sobre la festividad de la Pascua es, a veces,

---

[145]TL, *revertendum*; *Etym.*, *recurrendum.*

[146]TL, *paschalem (et inde sequitur inquirere), sed*; Etym., *paschalem et mensem inquirere, sed*.

[147]TL, *quinta decima*; *Etym.*, *quarta decima.* También más adelante.

[148]TL, *pervigil ducitur*; *Etym.*, *pervigilia dicitur.*

causa de error. Los latinos, en efecto, examinan la luna del primer mes desde el [día] tercero antes de las nonas de Marzo hasta el tercero antes de las nonas de Abril; y si la decimoquinta luna cayera en domingo, retrasan la Pascua al domingo siguiente. Los griegos observan la luna del primer mes desde el día octavo antes de los idus de Marzo hasta el día de las nonas de Abril; y si la decimoquinta luna ocurriera en domingo, celebran la Pascua santa. Esta disensión, pues, perturba entre unos y otros la regla pascual.

Se denomina *communis annus* [año común] a aquél que tiene sólo doce lunas, es decir, trescientos cincuenta y cuatro días. El adjetivo *común* se debe a que, con frecuencia, se presentan dos unidos, de manera que, en la solemnidad pascual, se siguen el uno al otro, pues el año embolismal está siempre solo.

Embolismus annus [año embolismal] es el que consta de trece meses lunares, es decir, el que muestra tener trescientos ochenta y cuatro días. Éste es el año, revelado por Dios al santo Moisés, en que se ordenaba que los que vivían más lejos celebraran la Pascua en el mes segundo [cf. Núm 9,11].

Embololismus es un término griego que se traduce al latín por *superaugmentum* [aumento sobre otro aumento], porque completa el número de los años comunes en los que se observa que faltan once días lunares.

Los años embolismales y comunes se hallan de la siguiente manera: si desde la decimocuarta luna de la pascua precedente hasta la decimocuarta de la pascua siguiente hubieren transcurrido trescientos ochenta y tres días, es un año embolismal; si los días son trescientos cincuenta y cuatro, es un año común.

El llamado *bissextus* [año bisiesto] acontece cada cuatro años, añadiéndosele un día. Cada año crece, en efecto, el cuadrante de un as. Y cuando, a los cuatro años, llega a completarlo del todo, tiene lugar el año bisiesto. De la misma manera que al cuadrante se le llama así por proceder de cuatro; al bisiesto se le denomina de esta manera, porque, al provenir de *dos veces seis*, hace un as, que es un día completo[149]; y es bisiesto porque al transcurso de los días el sol le añade uno más[150].

Los *intercalares dies* [días intercalares] reciben este nombre, porque se interponen, para que el cálculo del sol coincida con el cálculo de la luna. Pues así como *ponere* significa *calare*, *interponere* [interponer] significa *intercalare* [intercalar][151]. |O (como otros quieren) *calare* significa *vocare* [llamar]. El verbo griego *kaleô* significa, en efecto, *convocare* [convocar]. Pues se dice que el pontífice, *kálata* —es decir, *convocata* [convocada]— la asamblea del pueblo al Capitolio, junto a la curia calabra[152], próxima a la casa de Rómulo, anunciaba cuántos días quedaban de las calendas a las nonas; y proclamaba, sin duda, con el dicho verbo *kaleô* cinco veces las quintas nonas, y, repetido otras siete veces, las séptimas nonas|[153].

Los griegos llaman *epákta* a lo que los latinos denominan *adiectiones annuae lunares* [adiciones lunares anuales]. Éstas efectúan un giro completo entre el número once y el treinta.

---

[149]Habría que aclarar, dado que se pone aquí como ejemplo del día completo el *as* romano, que esta moneda constaba de doce onzas; su mitad era un *sexies*, es decir, seis veces, que, multiplicadas por dos (*bis sexies*), son las doce onces que forman el as, en este caso, el día completo.

[150]TL, *quem sub dierum curso in annum sol facit*; Etym., *quem super dierum cursum in anno facit*.

[151]Sigue BEDA, *De temp. rat.*, 13 (PL 90, 0353 A); cf. MACOBRIO, *Sat.*, I,15,11.10.

[152]Lugar resguardado cerca del Capitolio, en Roma, donde se reunía el pueblo para que se le anunciase cuáles eran los días fastos y nefastos, las fiestas y sacrificios que habían de celebrarse, etc.

[153]Sigue *Etym*., VI,17,29-32.

Los egipcios las añaden para conseguir que el año lunar se iguale al cómputo solar.

Es sabido, en efecto, que la luna resplandece, según su curso, durante veintinueve días y medio, lo que hace que el año lunar conste de trescientos cincuenta y cuatro días, faltando once días para el curso del año solar. Éstos son los que añaden los egipcios, recibiendo, por tal razón, el nombre de *adiciones*. Sin ellos no se podrá saber en qué luna se está, en cualquier año, mes o día.

Estas epactas se encuentran siempre en la undécima calenda de Abril, en la misma luna que fuere en ese día. Están contenidas en un ciclo de diecinueve años; pero, una vez se haya llegado a las veintinueve epactas completas, que es el [**128**] ciclo decimonoveno, al año siguiente, ya no hay que añadir once a las veintinueve, para empezar de diez, una vez restadas treinta, sino que de ahí se volverá a empezar a partir once.

CAPÍTULO NOVENO

SOBRE LOS OFICIOS CANÓNICOS Y SOBRE LO QUE SE LEE Y SE CANTA EN LA IGLESIA[154].

Sabido es que muchas son las clases de oficios, pero el principal es el que se considera en las sagradas y divinas Escrituras. La palabra *officium* [oficio] viene de *efficere* [llevar a cabo], como si se dijera *efficium*, cambiando una letra, bien para dar belleza a la palabra, bien porque quien en determinadas cosas es eficiente a nadie perjudica[155], sino que a todos aprovecha.

Vespertinum officium [oficio vespertino] es el que se celebra al comenzar la noche. Recibe su nombre de la estrella *Véspero*, que, al hacerse de noche, aparece por Oriente[156].

|De dicho oficio hace mención el salmista con las siguientes palabras: «*Sea la elevación de mis manos el sacrificio vespertino*» (Sal 140,2). La elevación de las manos, es decir, una obra piadosa que se realiza con las limosnas o se hace manifiesta en alguna otra forma de comportamiento digno de alabanza. Pero el sacrificio vespertino significa, tal vez, aquella oblación que la devoción religiosa suele ofrecer al Señor al final de la vida, cuando hacemos penitencia y nos purificamos con humilde súplica, como dice el Salmo cincuenta: «*Sacrificio para Dios es un espíritu atribulado*» (Sal 50,19). Nuestra víspera acontece, cuando nos separamos de esta luz, una vez llegada la muerte. De ahí que nos sea necesario recordar frecuentemente que nadie debe desesperar, sino enjugar más bien sus últimas cosas con la fuente de las lágrimas|[157].

Matutinum officium [oficio matutino] es el que se celebra cuando empieza a clarear el día, y toma su nombre de la estrella Lucifer, que sale al despuntar la mañana[158].

|Sobre este oficio dice el salmista: «*Por las mañanas meditaré en ti*» (Sal 62,7). Vuelve a lo que más arriba ha dicho: «*Ante ti estoy en vela desde que amanece*» (Sal 62,2). Supuesto

[154]Sigue *Etym*., VI,19,1-2.

[155]*Officio.*

[156]Sigue CASSIOD., *In Psalm.*, 140,2 (PL 70, 1000B).

[157]Sigue *Etym*., VI,19,3a.

[158]Sigue CASSIOD., *In Psalm.*, 62,7 (PL 70, 0436C-D).

rectamente que el hombre fiel vigila por las mañanas, porque ni en la prosperidad podía olvidar al autor de la luz. A éstos dice el Apóstol: «*Vosotros sois hijos de la luz e hijos del día*» (1Tes 5,5)|[159].

Con el significado de estos dos tiempos se muestra que, de día y de noche, siempre es alabado Dios. En el sacrificio, la *missa* [misa] es el momento en que a los catecúmenos se les manda salir[160], una vez que el levita dice en voz alta: *Si queda dentro algún catecúmeno, que salga afuera*, y de ahí el nombre de *missa*, porque no pueden asistir a los sacramentos del altar los que aún no son reconocidos como regenerados.

Chorus [coro] es una multitud reunida en torno a las cosas sagradas. Se llama *coro*, porque en un principio [los fieles] permanecían en pie, a modo de corona, alrededor del altar [...[161]]. Otros afirmaron que *coro* procede de *concordia* [concordia], que consiste en la caridad, porque, si no hay caridad, no se puede responder convenientemente. Ahora bien, cuando uno solo es el que canta, en griego se dice *monodía* y en latín *sicinium*. Cuando son dos los que cantan, se dice *bicinium*; pero, cuando son muchos, entonces se habla de *chorus*[162].

|Coro es la reunión de muchas voces que se combinan para producir un sonido agradable[163]. De ello dice el salmista: «*Alaben su nombre en el coro, con pandero y salterio táñale salmos*» (Sal 149,3)[164]. Dice ahora que el nombre del Señor debe ser alabado en el coro. En el coro ciertamente que no sufre ya ninguna dispersión, ningún hastío, ningún escándalo, sino que, por la bondad de los méritos, permanece siempre congregado en santísima unidad. Pero cuál y cuán grande sea este coro otro salmo nos lo dice: «*Desde la salida del sol hasta alabado sea el nombre del Señor*» (Sal 112,3)|[165].

La palabra [**129**] *antiphona* [antífona] viene del griego y significa *vox reciproca* [voz recíproca], es decir, con dos coros que salmodian alternativamente, cambiando el orden, o pasando de uno a otro. Dice la tradición que este tipo de salmodia lo inventaron los griegos.

De los ítalos nos vienen los *responsoria* [responsorios]. Éstos vienen llamados así porque, al terminar uno su canto[166], el otro responde. Los responsorios se diferencian de las antífonas en que en los responsorios es uno solo quien canta el verso, mientras que en las antífonas son los coros los que se van alternando en el canto.

La *lectio* [lección] se llama así, porque no es cantada, como los salmos o los himnos, sino sólo leída. En el canto se busca la modulación; en la lección, la pronunciación.

Canticum [cántico] es la voz del que canta con alegría.

Se entiende por *Psalmus* [salmo] lo que se canta acompañado del salterio, cuyo[167] uso cuenta la historia que se debe al profeta David, y ello no sin gran misterio. En los

---

[159]Sigue *Etym.*, VI,19,3b-6.

[160]Cf. AUG, *Serm.* XLIX,8*: Post sermonem fit missa catechumenis, manebunt fideles* (PL 23, 0323); AMBR., *Epist.*, XX,4: *Dimissis catechumenis... missam facere coepi* (PL 16, 0995 A).

[161]TL omite *et ita psallerent.*

[162]Sigue CASSIOD., *In Psalm.*, 150,4 (PL 70, 1052D).

[163]Sigue *Rab.*

[164]Sigue CASSIOD., *In Psalm.*, 149,3 (PL 70, 1048C-D).

[165]Sigue *Etym.*, VI,19,7-32.

[166]TL, *canentes*; Etym., *cantus.*

[167]TL, *quo*; Etym., *quod.*

encabezamientos de algunos salmos aparecen[168] estos dos tipos [salmo y cántico] alternativamente, según el arte musical. Pues el *cántico del salmo* consiste en que lo que el órgano modula, lo expresa después la voz del que canta. Y, al revés, el *salmo del cántico*[169] consiste en que lo que previamente expresa la voz humana, el arte del órgano lo imita modulándolo.

La palabra *salmo* viene de *psalterium* [salterio]; de ahí que no se acostumbre a acompañarlo con otra clase de instrumento.

Tres son los grados en el canto: el primero es el *succentor* [el que comienza y dirige el canto]; el segundo, el del *incentor* [el que da el tono]; el tercero, el del *accentor* [el que canta con acompañamiento].

Quieren algunos que *diapsalma* [diapsalma] sea una palabra hebrea, que significa *semper* [siempre], es decir[170], confirmar que todo aquello entre lo que ella se interpone es siempre de la misma manera. Otros, en cambio, consideran que se trata de un término griego, mediante el cual se significa una pausa en la salmodia: así como salmo es lo que se canta en salmodia, *diapsalma* es un silencio interpuesto en dicho canto, de manera que, así como a las voces que se unen cantando se las denomina *synpsalma*[171], a la separación de esas mismas voces, cuando aparece cierta pausa de continuidad distinta, se la llama *diapsalma*. Hace esto verosímil lo siguiente: que, en la salmodia, no hay que unir las frases, cuando aparece un *diapsalma* interpuesto, porque está interpuesto precisamente para hacer notar el cambio de sentidos o de personas.

Hymnus [himno] es el cántico de los que alaban. Procede del griego y se traduce al latín por *laus* [alabanza], porque es un canto de alegría y de alabanza. Pero son propiamente himnos los que contienen una alabanza a Dios. Por tanto, aunque haya alabanza, si ésta no va dirigida a Dios, no es un himno. [Pero si hay alabanza, aunque vaya dirigida a Dios, si no es cantada, tampoco es un himno[172]]. Mas si hay alabanza y va dirigida a Dios y es cantada, entonces es un himno.

Su contrario es *threnum* [treno], que es un canto de lamentación y de duelo.

Alleluia es la traducción de dos palabras, *laus Dei*, esto es, alabanza de Dios. Se trata de un término hebreo. *Ia* es uno de los diez nombres con que los hebreos llaman a Dios.

Amen significa *vere* [en verdad], *fideliter* [fielmente]. Es también una palabra hebrea. Estos dos vocablos —*amen* y *alleluia*— ni a griegos, ni a latinos, ni a bárbaros les está en absoluto permitido traducirlos a su propio idioma o reproducirlos con una palabra distinta. Pues, aunque su traducción sea posible, debido, sin embargo, a su muy santa autoridad, los Apóstoles mantuvieron en ellos la antigüedad de la lengua original. En efecto, tan grande es la santidad de estos nombres que incluso Juan, en su Apocalipsis, refiere que él, por revelación del Espíritu, vio y oyó una voz del ejército celestial —como el estruendo de aguas caudalosas y de truenos impetuosos—, diciendo: *amen* y *alleluia* (Apc 19,4). Conviene por ello que ambas palabras se digan en la tierra como resuenan en el cielo.

La expresión *osanna* [hosanna]no puede traducirse de manera completamente satisfactoria [**130**] a otra lengua. En efecto, *osi* tiene el sentido de *haz salvo*, y *anna* es una interjección que significa una moción del espíritu causada por un sentimiento de súplica. La expresión completa

[168]TL, *opponuntur*; Etym., *apponuntur.*

[169]TL, *salmi vero canticum*; Etym., *salmus vero cantici.*

[170]TL, *semper idem: quod*; Etym., *semper; id est, quod.*

[171]TL, *quemadmodum in psalmo ducitur vocum copulatio*; Etym., *quemadmodum synpsalma dicitur vocis copulatio.*

[172]TL omite *si sit et laus et Dei laus, et non cantetur, non est hymnus.*

es *osianna*, que nosotros, corrompida y elidida su letra vocal central, pronunciamos *osanna*, como sucede con los versos, cuando los medimos. En efecto, la primera letra de la palabra siguiente elimina, al entrar en contacto con ella, la última letra de la palabra anterior, y se dice en hebreo *osanna*, que quiere decir *haz salvo*, sobreentendiéndose *a tu pueblo* o *al mundo entero*.

El término *offertorium* [ofertorio] halla en sí mismo su propia explicación, pues *fertum* es la oblación que se ofrece en el altar y que los pontífices sacrifican. De aquí el nombre de *ofertorio*, muy próximo a *fertum* [torta o pastel de carácter sagrado].

A la *oblatio* [ofrenda] se la llama así porque es ofrecida. *Dona* [dones] son propiamente las cosas ofrecidas a Dios; los *munera* [presentes], en cambio, son propios de los hombres. Se entiende, en efecto, por *presentes* aquellos obsequios que los pobres hacen a los ricos a modo de regalos. De este modo, el presente es algo que se da a los hombres; el don corresponde a Dios. De aquí también que en el templo hablemos de *donaria* [donativos]. Ahora bien, se les llama *presentes*, porque son recibidos o dados con las manos[173].

Dos son las cosas que se ofrecen: el don y el sacrificio. Se entiende por *donum* [don] todo objeto fabricado de oro, de plata o de cualquier otra materia. *Sacrificium* [sacrificium], en cambio, es la víctima y cualesquiera otras cosas que se quemen o se pongan sobre el altar.

Ahora bien, todo lo que se da, se dedica o se consagra a Dios. Que algo se dedique es un modo de decir que se da, de donde recibe su nombre. De ahí también que yerren quienes[174] consideran que con la dedicación se signifique la consagración.

Los antiguos dieron a la *immolatio* [inmolación] dicho nombre, porque la víctima, puesta sobre la mole del altar, va a ser ofrecida en sacrificio. Se entiende de ahí que el hecho propio de la occisión tenga lugar después de la inmolación. Hoy día, sin embargo, [cuando hablamos de] inmolación, hacemos referencia al pan y al cáliz.

La *libatio* [libación] es solamente el ofrecimiento del cáliz. De aquí que esté escrito: *Y libará de la sangre de la uva* (Sir 50,16[175]). Así también alguno entre los poetas profanos escribe[176]: *Ahora libad las páteras de Júpiter*. Pues *libare* [libar] es propiamente *fundere* [derramar]. El nombre está tomado de un cierto Líber, que descubrió en Grecia la utilidad de la vid.

CAPÍTULO DÉCIMO

SOBRE LAS VÍCTIMAS, HOLOCAUSTOS Y SACRIFICIOS Y EL SIGNIFICADO DE CADA UNA DE SUS CLASES[177].

Entre los antiguos recibían el nombre de *hostiae* [hostias] los sacrificios que se ofrecían antes de salir al encuentro del enemigo. *Victimae* [víctimas] eran los sacrificios que se inmolaban tras la victoria obtenida sobre los enemigos. Las víctimas eran sacrificios mayores que las hostias.

[173]TL, *quae animabus*; Etym., *quia manibus.*

[174]TL, *quae*; Etym., *qui.*

[175]Equivocadamente, TL cita Gén 49,11, donde se lee: *lavavit... sanguine uvae.*

[176]VIRGILIO, *En.,* VII,133: *Nunc pateras libate Iovi.*

[177]Sigue *Etym*., VI,19,33-38.

Opinión de otros fue que este nombre de *victima* venía o bien del golpe[178] con que era herido [el animal ofrecido], haciéndolo caer, o bien porque éste, atado[179], era conducido hasta el altar.

Holocaustum [holocausto] es aquella clase de sacrificio en que todo lo ofrecido queda consumido por el fuego. En efecto, cuando los antiguos ofrecían grandes sacrificios, dejaban que el fuego consumiera por entero las víctimas. Éstos eran los holocaustos. Pues, en griego, *hólon* significa *todo*, y *kausis* quiere decir *abrasamiento*. Holocausto significa, por consiguiente, *totalmente abrasado*.

Los latinos llaman *caerimoniae* [ceremonias] a todas aquellas cosas sagradas que los griegos denominan *órgia*. Propiamente, sin embargo, parece ser que los doctores hacen derivar el término *ceremonia* del verbo *carere* [carecer] —como si dijéramos *carimonia*—, porque lo que se ofrece en los sacrificios divinos los hombres ya no lo tienen para su provecho. Dicho nombre se usa también en las sagradas Escrituras.

Otros consideran que las ceremonias [tienen su origen] propiamente en las observancias judías, es decir, en la abstinencia de ciertos alimentos, según las prescripciones de la [**131**] antigua Ley, en el sentido de que sus observantes carecen de aquello de lo que se abstuvieron.

Sacrificium [sacrificio] es como si dijéramos *sacrum factum* [hecho sagrado], porque, por la oración mística, se consagra como memorial la pasión del Señor en favor de nosotros. De ahí que, por mandato suyo, lo llamemos nosotros «cuerpo y sangre de Cristo». Porque, aun cuando se trate de frutos de la tierra, al ser consagrados, se convierten en sacramento, por obra invisible del Espíritu de Dios. Al sacramento de su pan y de su cáliz los griegos lo llaman *eucharistia* [eucaristía], que se traduce al latín por *bona gratia* [buena gracia]. Pues, ¿qué cosa hay mejor que el cuerpo y la sangre de Cristo?[180].

|Ahora bien, cinco son las clases de ofrendas que en la Ley se mandan presentar para su inmolación: bueyes, ovejas, cabras, aves, flor de harina y libaciones. De este modo, también allí se mencionan las hostias, víctimas, holocaustos, sacrificios y libaciones ofrecidas.

Los bueyes, vacas y terneros significan las obras de la encarnación del Señor o los cultivadores del campo del Señor, esto es, los doctores o los obreros de los mandamientos de la Ley.

Las ovejas y corderos representan al mismo Salvador, que —conforme a lo que dice Isaías— es *como oveja llevada al matadero* (Is 53,7), o, según testimonio de Juan, el «*Cordero de Dios que quita el pecado del mundo*» (Jn 1,29). Representan también a los más sencillos e inocentes de la Iglesia.

Las cabras o los cabritos ofrecidos como víctima significan la carne del Salvador, que, aun estando sin pecado, es ofrecida a Dios Padre por los pecados del género humano, para que, por su muerte, fuera aniquilado el autor del pecado, esto es, el Diablo. Significan también a los que, haciendo penitencia por su propios pecados, se inmolan a Dios por la aflicción de la carne.

Las aves significan la humanidad de Cristo: así como por medio una tórtola y una paloma la carne de Cristo se muestra asociada al Espíritu, en el misterio de la pasión se muestra ofrecida a Dios por medio de un sacrificio de suave olor.

Designan también la contemplación de la perfección de las cosas santas. Las aves, en

[178] *Victima* > *ictus.*

[179] TL, *iuncta*; Etym., *vincta.* De todos modos, *victima* > *iuncta / vincta.*

[180] Sigue *Rab.*; véase en RABAN, *In Lev.*,1,1 ss. (PL 108, 0255 ss.) algunas expresiones dispersas concernientes a este largo párrafo.

efecto, son los hombres que se gozan en la contemplación, lejos absolutamente de toda sociedad con los asuntos terrenales. Y en el caso de que la necesidad lo exigiera, remontan enseguida el vuelo a lo más alto, asistidos de aquel testimonio evangélico en el que el Señor dice: *Contemplad las aves del cielo, que no siembran ni siegan, pero vuestro Padre las alimenta* (Mt 6,26 [cf. Lc 12,24]).

Por consiguiente, gozándose en la contemplación y en la consideración de las cosas superiores, el hombre llega a ser perfecto (pues esto es lo que las cosas arriba dichas enseñaron), si de las tórtolas ofrece en oblación su manera de comportarse o su propia vida, o si de las palomas ofrece su propio oficio, se ofrece —esto es— en ciencia y mansedumbre espiritual.

Pues estas cosas llevan consigo que la consideración de la Ley no se desvíe del camino, ocupándose de cosas inútiles.

La tórtola, puesto que posee el conocimiento, de tal modo reprueba con su ejemplo al pueblo judío que Jeremías la alaba, cuando dice: «*La tórtola, la golondrina y la cigüeña guardaron el tiempo de su venida, pero mi pueblo no conoció el juicio del Señor*» (Jer 8,7).

La paloma, por su parte, es pura, sencilla y anunciadora de la presencia del Espíritu Santo, como conviene que sean los que se afanan en meditar las Escrituras. De aquí las palabras de Isaías[181]: «*Meditaré como paloma*» (Is 38,14).

La flor de harina es el sacrificio de las libaciones, o sacramento del cuerpo y de la sangre de Cristo, que se consagra en el altar y que los fieles reciben para [**132**] aumento de salvación. Es también figura de la Iglesia Católica, que —místicamente— es el cuerpo de Cristo, rica en gracia espiritual.

Por los miembros que en ella concurren, ésta —a modo de flor de harina— es la congregación de muchos granos de creyentes; y separada por la muela entre letra de la Ley y letra de los Evangelios, aunada asimismo por el agua del bautismo, ungida por el óleo del crisma y fortalecida por el fuego del Espíritu Santo, es hecha hostia perfecta agradable a Dios por la humildad del Espíritu.

De manera semejante —a modo de racimos de uva—, siendo ella una sola, aun en la diversidad de muchas personas, y prensada en el lagar de la pasión y las tentaciones, hace que se derrame el vino espiritual.

Se lee, en efecto, en las Escrituras que el Señor reprobó los sacrificios de animales y las ofrendas legales, deseando vehementemente que le ofrecieran sacrificios espirituales. De aquí lo que sigue: «*No aceptaré* —dice— *terneros de tu casa ni machos cabríos de tus rebaños*» (Sal 49,9). Y también: «*¿Acaso voy a comer carne de toros o voy a beber sangre de machos cabríos. Sacrifica a Dios un sacrificio de alabanza y cumple tus votos al Altísimo*» (Sal 49,13-14). *El sacrificio de alabanza me honrará, y allí el camino por donde le mostraré la salvación del Señor* (cf. Sal 49,23). Y en otro lugar: «*Rodearé y sacrificaré en su tabernáculo víctima de júbilo*[182]*; cantaré y salmodiaré al Señor*» (Sal 26,6). De aquí que, en el salmo, la santa Iglesia, dedicándose totalmente a Dios, proclame: «*Te ofreceré holocaustos medulosos con incienso*» (Sal 65,15), y todo lo que sigue.

Ahora bien, el hecho de que se ordene que la oblación presentada a Dios no tenga ni levadura ni miel [cf. Lev 2,11], indica que en Dios nada hay voluptuoso, ningún dulce deleite de este mundo, nada que no tenga algo de mordiente verdad. De ahí que la Pascua se comiera con

[181]TL, erróneamente, *Ezechias.*

[182]TL, *circuibo et immolabo...iubilationis* ; Vlg., *circuivi et immolavi... vociferationis.*

hierbas amargas [cf. Éx 12,8].

Se ordena, por el contrario, que en todos los sacrificios se ponga sal [cf. Lev 2,13], es decir, que todo lo que ofrecemos en honor de Cristo, reciba siempre la sal de la razón y de la discreción.

Pero que en el sacrificio se ofreciera aceite [cf. Lev 2,15], significa que todo lo que consagramos al culto de Cristo y a la devoción de los santos, debemos hacerlo con total alegría: «*Nada* —dice el Apóstol— *de mala gana o forzadamente, pues Dios ama al que da con alegría*» (2Cor 9,7).

De aquí también que espiritualmente nos ofrezcamos a Dios como ternero, cuando vencemos la soberbia de la carne; como cordero, cuando corregimos los impulsos irracionales; como cabrito, cuando superamos la lascivia; como paloma, cuando conservamos la simplicidad; como tórtola, cuando guardamos la castidad, pues se dice que esta clase de aves conserva el acoplamiento uno y casto.

Ofrecemos flor de harina y panes ázimos, cuando en la vida presente nos conducimos sin malicia ni maldad. Ofrece, por ejemplo, flor de harina quien presenta un modo de vida consagrado a la agricultura, a la navegación o a cualquier otra actividad corriente, pero rociado de aceite, porque toda alma necesita del óleo de la misericordia divina y nadie puede franquear la vida presente, si no se halla asistido por el aceite de la misericordia celestial.

Debe saberse, además, que, conforme a la condición mortal, el horno expresa el peso de las tentaciones; la sartén, la constancia del espíritu y la fortaleza de la mente, y que las parrillas significan, no impropiamente, la multiplicidad de los asaltos|.

CAPÍTULO UNDÉCIMO

SOBRE LOS SACRAMENTOS DIVINOS: DONDE SE DESCRIBE QUÉ BENEFICIOS PUEDEN REPORTAR AL HOMBRE[183].

[**133**] Hay *sacramentum* [sacramentum] en toda aquella celebración en que lo que se realiza viene hecho de tal manera que entiende significar algo que debe recibirse santamente. Son sacramentos el bautismo, el crisma y el cuerpo y sangre del Señor. Se llaman *sacramentos*, porque, bajo la envoltura de cosas corporales, el poder divino obra en lo oculto la salvación a través de dichos sacramentos. De ahí que, bien por su eficacia secreta, bien por su relación con lo sagrado, reciban tal nombre.

La razón de que, en poder de la Iglesia, produzcan abundante fruto es la siguiente: que, permaneciendo en ellos, el Espíritu Santo opera ocultamente el efecto mismo de los sacramentos. De donde se desprende que, ya sean administrados en la Iglesia por buenos o malos ministros, sin embargo, puesto que es el Espíritu Santo —que en otro tiempo aparecía con obras visibles[184]— quien los vivifica místicamente, ni los méritos de sus buenos dispensadores aumentan sus dones, ni los deméritos de los malos los disminuyen: «*Porque ni el que planta es algo, ni el que riega, sino quien da el crecimiento, Dios*» (1Cor 3,7). De aquí que, en griego, se le llame también

[183]Sigue *Etym*., VI,19,39-54.

[184]TL, *visibiliter*; Etym., *visibilibus.*

mystêrion, porque su eficacia es oculta[185].

Baptysmus [bautismo] es una palabra griega, que se traduce al latín por *tinctio* [tinción]. Y se le llama así, porque en él hombre es cambiado a mejor por el Espíritu de gracia y llega a ser algo muy distinto de lo que antes era. Pues, si antes nos afeaba la deformidad de los pecados, esta tinción nos devuelve la blanca hermosura de las virtudes. De ahí que en el Cantar esté escrito: *¿Quién es ésta que sube* toda limpia[186] (Ct 3,6; 8,5). Su misterio no está completo, sino bajo la designación de la Trinidad, esto es, en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, según palabras del Señor a los apóstoles: «*Id, enseñad a todos los pueblos, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo*» (Mt 28,19). Pues, así como *todo hecho queda confirmado por tres testigos* (Dt 19,15), así también el número ternario de los nombres divinos da confirmación al sacramento. Ahora bien, la razón de que el bautismo se administre mediante el agua es la que sigue: quiso, en efecto, el Señor que aquella realidad invisible se dispensara por medio de otra realidad adecuada, es decir, por medio de un elemento tangible y visible[187], sobre el cual también, *en el principio, se cernía el Espíritu* Santo (Gén 1,2). Pues, así como el agua limpia el cuerpo por fuera, del mismo modo, por su ministerio[188], también el espíritu queda purificado gracias a la acción del Espíritu Santo. Su santificación se realiza como sigue: tras ser invocado Dios, desciende del cielo el Espíritu Santo, y, limpias ya las aguas, las santifica por su propia virtud, en modo de recibir una fuerza purificadora capaz de limpiar[189] la carne y el espíritu que los delitos habían manchado[190].

|Ha de saberse también que, aunque la doctrina apostólica enseña que hay *una sola fe y un solo bautismo* (Ef 4,5), diversas son, no obstante, las clases de bautismos que purifican al hombre de sus pecados, confiriéndole el beneficio de la santidad.

Leemos, en efecto, en los Hechos de los Apóstoles que, cuando iba a subir al cielo, dijo el Señor a los discípulos: «*Juan bautizó con agua, pero, dentro pocos días, vosotros seréis bautizados en Espíritu Santo*» (Hch 1,5). Debe notarse aquí que el bautismo del Señor en el Espíritu Santo, del cual ya Juan había hablado [cf. Mt 3,11; Mc 1,8; Lc 3,16], no se refiere únicamente al [**134**] tiempo aquel en que los Apóstoles y los demás fieles contemporáneos suyos fueron bautizados con agua para la remisión de los pecados, por la gracia del Espíritu Santo que el Señor les confiere, sino al momento también en que de ese mismo Espíritu Santo recibieron de manera plena los dones celestiales, una vez producida la partida del Señor.

Pero también ahora quienquiera que reciba el bautismo para la remisión de los pecados ciertamente es bautizado en Espíritu Santo, por cuyo don quedan canceladas todas sus culpas y obtenida la ayuda necesaria para avanzar en las buenas obras.

Se lee, de este modo, que en el Evangelio dice el Salvador sobre sí mismo: «*Tengo un bautismo con que ser bautizado, y ¡qué angustia siento hasta que se cumpla!*» (Lc 12,50). Aparece claro que aquí está refiriéndose al sacramento de su pasión, pues a su cuerpo —que es la Iglesia— lo limpió de toda suciedad de pecado por medio del derramamiento de su propia

[185]TL, *quod reconditam habeat*; Etym., *quod secretam et reconditam habeat.*

[186]TL y Etym., *dealbata.* Sin embargo, en ninguno de los dos textos del Cantar, que se citan, aparece el adjetivo *dealbata*, ausente, por otra parte, en la Vlg.

[187]TL, *per congruentiam, scilicet per... elementum*; Etym., *per congruentem, sed profecto... elementum.*

[188]TL, *ministero*; Etym., *mysterio.*

[189]TL, *inquinatae mundentur*; Etym., *inquinata mundetur.*

[190]Sigue *Rab.*

sangre. De ahí que esté escrito: «*El que nos amó y con su sangre nos limpió de nuestros pecados*» (Apc 1,5).

De aquí también que creamos que el martirio que los fieles sufren por el nombre de Cristo sirva para purificación de todos los pecados, como dice el apóstol Pedro: «*Cristo padeció por vosotros, dejándoos un ejemplo, para que sigáis sus huellas*» (1Pe 2,21). De esto da testimonio la Verdad misma, cuando dice: «*Quien me siga, no caminará en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida*» (Jn 8,12). Y también: «*El que quiera venir en pos de mí* —dice—, *que se niegue a sí mismo, que tome su cruz y me siga. Pues quien perdiere su alma por mí*, *la guardará para la vida eterna*» (Mt 16,24-25).

Hay, además, otras clases de purificaciones, con las que las almas quedan limpias de sus delitos y pecados. Creemos, efectivamente, que las almas se liberan de los vínculos del pecado mediante la confesión y una verdadera penitencia con lágrimas de arrepentimiento. De ahí el siguiente testimonio de Santiago: «*Confesad vuestros pecados los unos a los otros y orad los unos por los otros, de manera que alcancéis la salvación*» (Sant 5,16). De aquí también lo que el salmista dice al Señor: «*Te hice saber mi delito y no te oculté mis injusticias: Dije: declararé contra mí mis injusticias al Señor, y tú perdonaste la impiedad de mi corazón*» (Sal 31,5). Y en otro lugar: «*Lavaré* —dice— *cada noche mi lecho; regaré con mis lágrimas mi estrado*» (Sal 6,7)[191]. Entendemos aquí por *lecho*, los placeres del cuerpo, que el hombre puede lavar con lágrimas —aunque pocas—, si alcanza a llorar por inspiración del cielo. Por su parte, *estrado* significa el cúmulo de pecados[192] que se nos manda regar, es decir, lavar más a fondo, para que del pecado pasemos a la justicia; del llanto, a la alegría; de la enfermedad, a la salud.

Ahora bien, que una verdadera penitencia purifique al hombre y lo conduzca al reino celestial, es algo que el mismo Señor nos lo enseña, cuando dice: «*Convertíos, porque está cerca el reino de los cielos*» (Mt 4,15).

Por medio también de las buenas obras y de las limosnas se purifica el hombre de las sordideces del alma. Al respecto dice el salmista: «*Lavaré mis manos entre los inocentes*» (Sal 25,6)[193]. Lava, en efecto, sus manos entre los inocentes todo aquél que limpia sus propios hechos con el esfuerzo de una vida llevada con rectitud[194]. De aquí las palabras del Salvador en el Evangelio: «*Dad limosnas, y he aquí que todo estará limpio en vosotros*» (Lc 11,41). Y en otro lugar está escrito: «*Como el agua apaga el fuego, así la limosna apaga el pecado*» (Sir 3,30[195]).

También [**135**] una oración pura ayuda al hombre para la salvación eterna. Y ayuda igualmente la predicación de la palabra de Dios. También ayuda el amor puro de la verdadera caridad. De aquí lo que leemos en Santiago: «*La oración de fe salvará al enfermo* [...] *y, si hay en él pecados, les serán perdonados*» (Sant 5,15). Y además: «*El que hiciere* —dice— *convertirse a un pecador del error de su camino, salvará su alma de la muerte y cubrirá multitud de pecados*» (Sant 5,20).

Finalmente, que el amor procure la remisión de los pecados, nos lo enseña el mismo Salvador, cuando el Evangelio, hablando a Simón sobre la mujer pecadora que con sus lágrimas regó sus pies, enjugó sus cabellos y los ungió con perfume, dice: «*En verdad te digo que sus*

---

[191]Sigue CASSIOD., *In Psalm.*, 6,7 (PL 70, 0063C-D), aunque no se trata de una cita literal.

[192]Sigue *Rab.*

[193]Sigue CASSIOD., *In Psalm.*, 25, 6 (PL 70, 0185 A).

[194]Sigue *Rab.*

[195]TL cita Tob 4,11 [Vlg] que, sin embargo, dice así: *quoniam elemosyna ab omni peccato et a morte liberat...*

muchos pecados le son perdonados, porque ha amado mucho» (Lc 7,47). De aquí también que en otro lugar esté escrito: «*La caridad cubre multitud de pecados*» [1Pe 4,8]. Y también: «*Todos los delitos los cubre la caridad*» (Prov 10,12)|[196].

Chrisma [crisma] es un vocablo griego que se traduce al latín por *unctio* [unción]. De este mismo nombre procede también la palabra *Cristo*. Su significado es la santificación del hombre después del bautismo. Pues, así como el bautismo procura la remisión de los pecados, por la unción se obtiene la santificación del espíritu.

Procede esta práctica de una antigua disciplina, en la cual solían ser ungidos sacerdotes y reyes. Por ejemplo, la unción de Aarón de manos de Moisés [cf. Lev 8,12]. Y aunque se trata de una acción exterior, aprovecha interiormente, igual que cuando se confiere la gracia del bautismo. El acto de la inmersión en el agua es efectivamente visible, pero el efecto —esto es, que quedamos limpios de pecado— es espiritual.

Éste es también el significado del ungüento que aquella pecadora —según está escrito— derramó sobre la cabeza de Jesús[197]. El sentido de la *imposición* es el siguiente: provocar, por la imposición de las manos, [la venida] del Espíritu Santo protector[198]. Pues, entonces, el Espíritu Paráclito, una vez limpiados y bendecidos los cuerpos, bien de su grado desciende del Padre, y —por decirlo de algún modo— se posa sobre el agua bautismal, como si en ella reconociera su prístina residencia. Pues está escrito que, al principio, el Espíritu Santo *se cernía sobre las aguas* (Gén 1,2)[199].

|Sobre los dos restantes sacramentos —esto es, el Cuerpo y la Sangre del Señor— cabe también preguntarse por qué, entre todos los frutos de la tierra, se eligieron como los más adecuados a tal efecto el trigo y el vino, como si sobresalieran en dignidad sobre todos los demás frutos que la tierra produce y fuesen más preciosos que todos ellos.

Creemos que dicha cuestión puede, sin duda, resolverse de la siguiente manera: plugo al Señor que los fieles recibieran con la boca los sacramentos de su Cuerpo y de su Sangre, haciéndolos su propio alimento, en modo de significar, mediante una acción visible, un efecto invisible. Pues, del mismo modo que el alimento material nutre y vivifica por fuera el cuerpo, la palabra de Dios alimenta y fortalece el alma por dentro, porque «*no sólo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios*» (Mt 4,4); y también: «*la palabra de Dios se hizo carne y habitó en nosotros*» (Jn 1,14). Dice, en efecto, la Verdad en persona: «*Mi carne es verdadera comida, y mi sangre es verdadera bebida*» (Jn 6,56). Es decir, la carne de Cristo es verdadera comida, porque verdaderamente nutre y alimenta al hombre para la vida eterna. Y su sangre es verdadera bebida, porque sacia verdaderamente y por siempre al alma que tiene hambre y sed de la justicia.

Sin esta comida y bebida, los hombres pueden ciertamente disfrutar de esta vida temporal; pero, en ningún modo, de la eterna, porque dicha comida y bebida significan la comunión perpetua

---

[196]Sigue *Etym*., VI,16,50-54.

[197]TL, *quod peccatrix super caput Iesu fundisse scribitur*; Etym., *quod peccatrix mulier super pedes, et ea quae dicitur non fuisse peccatrix, super caput Iesu fundisse scribuntur.* Es preferible, sin duda, el texto de san Isidoro. En efecto, la mujer pecadora no unge la cabeza de Jesús, sino sus pies (cf. Lc 7,37-38). En cambio, en la unción de Betania (cf. Mt 26,7; Mc 14,3), una mujer, de la que no se dice que fuera pecadora, ungió con un perfume caro la cabeza de Jesús. Sin embargo, en Jn 12,3, también en el contexto de la unción de Betania, María, la hermana de Lázaro, ungió los pies de Jesús con un perfume de nardo muy caro.

[198]TL, *Impositio ideo fit, ut per manus impositionem advocatus invitetur Spiritus sanctus*; Etym., *Manus impositio ideo fit, ut per benecditionem advocatus invitetur Spiritus sanctus.*

[199]Sigue *Rab.*; cf. RABAN, *De inst.,*1,23 (PL 107, 0316B-0317A; 0319 A; 0319C).

entre la cabeza y sus miembros: «*Quien come mi carne* —dice— *y bebe mi sangre, permanece en mí y yo en él*» (Jn 6,57).

[**136**] El sacramento de esta realidad —es decir, de la unidad del Cuerpo y de la Sangre de Cristo— unos lo reciben para la vida; otros, para la perdición. Pero la realidad en sí es para que el hombre viva, no para que se pierda, de manera que todo el que participare de ella, quedase asociado, como miembro, a Cristo cabeza en el reino de los cielos, porque una cosa es el sacramento y otra la eficacia del sacramento.

En efecto, el sacramento se toma con la boca; pero por la eficacia del sacramento es saciado el hombre interior. Por tanto, puesto que el pan fortalece el cuerpo, por ello convenientemente se le llama *cuerpo de Cristo*. El vino, por su parte, puesto que produce la sangre en la carne, viene referido por ello a la *sangre de Cristo*.

Pero estas dos cosas, aunque son visibles, una vez santificadas por medio del Espíritu Santo, se convierten en sacramento del cuerpo divino|.

CAPÍTULO DUODÉCIMO

SOBRE EL EXORCISMO[200].

Exorcismus [exorcismo] es un vocablo griego, que se traduce al latín por *coniuratio* [conjuro] o por *sermo increpationis* [palabra de increpación] contra el diablo, para que se aleje. Así leemos en Zacarías: «*Y me mostró el Señor a Jesús, sumo sacerdote, que estaba de pie delante del ángel del Señor, y Satán estaba a su derecha, para oponérsele. Y dijo el Señor a Satán: que el Señor te increpe, Satán, que te increpe el Señor, que ha escogido a Jerusalén*» (Zac 3,1-2). Esto es un exorcismo: increpar y conjurar contra el diablo. Así, pues, conveniente es aclarar que, en los niños, no es la criatura de Dios la que viene exorcizada o sobre la que se sopla, sino aquél bajo cuyo poder están todos los que nacen con pecado. Él es, en efecto, el príncipe de los pecadores.

CAPÍTULO DÉCIMO TERCERO

SOBRE EL SÍMBOLO[201].

La palabra de origen griego *symbolum* [símbolo] se traduce en latín por *signum* [signo] o *cognitio* [conocimiento]. Pues, cuando los apóstoles estaban a punto de disgregarse, para anunciar el Evangelio entre los gentiles, acordaron entre sí este signo o reconocimiento de su predicación. Contiene ésta la confesión de la Trinidad y Unidad[202] [de Dios], la unidad de la Iglesia y todos los sacramentos del dogma cristiano. Dicho símbolo de nuestra fe y esperanza no está escrito con tinta en hoja alguna, sino en las tablillas de carne del corazón.

---

[200]Sigue *Etym*., VI,19,55-56.

[201]Sigue *Etym*., VI,19,57-58.

[202]TL, *confessionem Trinitatis et Unitatis, et*; Etym., *confessionemTrinitatis et.*

CAPÍTULO DÉCIMO CUARTO

SOBRE LA ORACIÓN Y EL AYUNO[203].

Oratio [oración] quiere decir petición, pues orar es pedir, como exorar es impetrar. Ahora bien, la oración consta de lugar y de tiempo.

Consta de lugar, porque, como Cristo nos prohibiera orar en público [cf. Mt 6,5], no debemos orar en cualquier parte, sino donde la oportunidad lo aconsejara o la necesidad lo exigiera. En este sentido, no se debe considerar que los Apóstoles, cantando y orando a Dios en la cárcel, a oídos de sus carceleros, contravinieran este precepto [cf. Hch 16,25].

Y consta de tiempo, según lo que está escrito: «*Orad constantemente*» (1Tes 5,17). Pero esto concierne a la oración en general. Está, después, la observancia de determinadas horas comunes, que marcan los espacios intermedios del día: tercia, sexta y nona. Lo mismo sucede con la noche.

La razón de la división del día en estas horas destinadas a la oración es la siguiente: que, si acaso estuviéramos ocupados en algún trabajo, fuera el tiempo mismo quien se encargara de avisarnos para el oficio.

Dichos tiempos podemos encontrarlos en las Escrituras. En efecto, en primer lugar, el Espíritu Santo se derramó sobre los discípulos, reunidos a la hora tercia (Hch 2,15). Y Pedro, el día en que en aquella especie de lienzo tuvo la experiencia de una visión de participación, había subido a orar a la hora sexta (Hch 10,9). Era la hora nona, cuando este mismo [apóstol], acompañado de [**137**] Juan, acudió al templo y devolvió al paralítico su anterior estado de salud (Hch 3,1).

Leemos también que Daniel observaba todos estos momentos de oración [cf. Dan 6,11], aprendiendo, de este modo, de la práctica de Israel que no menos de tres veces al día debemos adorar[204]. Pues somos deudores de los tres, del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, excepción hecha ciertamente de las demás legítimas oraciones que, sin necesidad de prescripción alguna, deben hacerse al comenzar el día, la noche o las vigilias.

Tampoco debemos empezar a comer sin primero de rezar, pues antes han de tomarse los refrigerios espirituales que los terrenales[205].

Pero quien quiera que su oración vuele al Señor[206], que se haga dos alas: el ayuno y la limosna. Subirá[207] velozmente y será escuchado[208].

El ayuno es la moderación en la comida y la abstinencia de alimentos. Su nombre procede de cierta parte de las vísceras, siempre tenue y vacía, es decir, lo que vulgarmente se llama *ieiunium* [yeyuno[209]]. De ahí la creencia de que el nombre de *ayuno* se deba a tal derivación,

---

[203]Sigue *Etym*., VI,19,59-70.

[204]TL, *ex Israelis disciplina docemur, ut ne minus*; Etym., *ex Israelis disciplina, ut ne minus.*

[205]TL, *refrigeria quam terrena*; Etym., *refrigeria, quia priora caelestia quam terrena.*

[206]TL, *ad Dominum*; Etym., *ad Deum.*

[207]TL, *ascendit*; Etym., *ascendet.*

[208]TL, *exauditur*; Etym., *exaudietur.*

[209]Segunda porción del intestino delgado de los mamíferos, situada entre el duodeno y el íleon.

porque se trata de vísceras vacías y agotadas por carecer de alimentos. Ahora bien, al ayuno se le llama también *statio* [estación], pero estación al estilo militar[210]. Y recibe este nombre, porque ninguna alegría que llegase al campamento harían prescindibles las estaciones de los soldados. En efecto, la alegría hace que la disciplina se cumpla con más relajación[211]; la tristeza, con mayor solicitud. De aquí también que los soldados, nunca olvidándose de su juramento, se entreguen con cuidado mayor a las estaciones.

Algunos, sin embargo, distinguen entre ayuno y estación. En efecto, el ayuno es la abstinencia que indiferentemente puede hacerse cualquier día, sin necesidad de reglamentación alguna, dependiendo sólo de la voluntad personal. La estación, empero, es la observancia de los tiempos o días establecidos, como el ayuno de la cuarta y sexta feria, preceptuado por la antigua Ley. De dicha estación se dice en el Evangelio: «*Ayuno dos veces por semana*» (Lc 18,12), esto es, en la cuarta y sexta feria de la semana.

Con relación a los tiempos están los establecidos por instituciones legales o proféticas, tales como el ayuno del cuarto, quinto, séptimo y décimo [mes[212]]; o como, según se dice en el Evangelio, los *días en que les es quitado el esposo* (Mt 9,15); o, como la observancia cuaresmal que, por institución apostólica, se guarda en todo el orbe como preparación a la pasión del Señor.

A estos dos ha que añadir un tercer género, el de la *xerofagia*, es decir, la abstinencia de alimentos líquidos. De aquí que se le haya dado dicho nombre, es decir, de la costumbre de algunos de comer sólo alimentos secos.

CAPÍTULO DÉCIMO QUINTO

SOBRE LA SATISFACCIÓN DE LA PENITENCIA Y LA EXOMOLOGESIS[213].

El nombre de *poenitencia* [penitencia] —que viene a equivaler a *punitentia* [punición]— se debe a que, al hacerla, es el hombre quien se castiga a sí mismo por la aceptación del mal [cometido]. Pues ninguna otra cosa hacen quienes verdaderamente se someten a penitencia, sino impedir que quede impune el mal que hicieron. Porque con quienes no son exigentes consigo mismos, exigente será Aquél, de [**138**] cuyo alto y justo juicio ningún pecador podrá escapar.

Pero la penitencia perfecta consiste en llorar las cosas pasadas y no admitir las venideras. Esta segunda es parecida a una fuente, de manera que si, por instigación del diablo, se cometiere algún pecado, con dicha satisfacción quedará purgado.

Ahora bien, la *satisfactio* [satisfacción] consiste en evitar las causas y sugestiones del pecado y no volver a cometerlo.

La *reconciliatio* [reconciliación] es lo que se ofrece después de completar la penitencia. Pues así como nos reconciliamos con Dios, cuando anteriormente nos convertimos de la

[210]Respetamos el término latino *statio*, pero entiéndase *puesto de guardia*, *vigilancia permanente*, *alerta*.

[211]TL, *lentius*; Etym., *libentius.*

[212]TL *ac decimi: vel*; Etym., *ac decimi mensis; vel.*

[213]Sigue *Etym*., VI,19,71-82.

gentilidad, de la misma manera nos reconciliamos, cuando, por la penitencia, volvemos [a Él] después de haber pecado.

Exomologesis [exomologesis] es un vocablo griego que se traduce al latín por *confessio* [confesión]. Tiene este nombre un doble significado. Pues, por una parte, la confesión se entiende en sentido de alabanza; por ejemplo: «*Te confieso, Padre, Señor de cielo y tierra*» (Mt 11,25). Se entiende, por la otra, cuando alguien confiesa sus pecados para que sean perdonados por Aquél, cuya misericordia es indeficiente.

Según esto, pues, la palabra griega *exomologesis* se usa a menudo con el significado de que confesamos al Señor nuestro delito, no en el sentido de que Él lo ignorara —pues nada queda oculto a su saber—, sino en el sentido de que es la confesión de algo, es decir, el conocimiento abiertamente manifiesto de una realidad que se desconocía. En efecto, [supongamos que] uno cualquiera había venido considerando que robar, cometer adulterio o hurtar era algo provechoso y placentero para él; pero, cuando llega a conocer que tales cosas están expuestas a la condenación eterna, una vez conocidas, confiesa el error.

Pero la confesión del error supone la determinación[214] de ponerle un término. Así, pues, hay determinación de poner un término a los pecados, cuando hay confesión. La confesión viene primero; el perdón viene después. Por lo demás, queda fuera del perdón quien, aun conociendo su pecado, no lo confiesa.

Por consiguiente, la *exomologesis* es la disciplina por la que el hombre se abaja y se humilla[215], en el vestir y en el comer; acostarse[216] en saco y cenizas, cubrir el cuerpo con sordideces, abandonar el espíritu en el fondo del dolor, cambiar en sí mismo con severa disciplina todas aquellas cosas que llevan al pecado.

Por su parte, con el término —tambié de procedencia griega— *litaniae* [letanías] se significa aquello que en latín llamamos *rogationes* [rogaciones]. Pero entre las letanías y la exomologesis existe la siguiente diferencia: que la exomologesis está únicamente en función de la confesión de los pecados, mientras que las letanías están indicadas para rogar a Dios e impetrar su misericordia[217].

Hoy día, sin embargo, ambos vocablos se consideran sinónimos y no hay diferencia para la gente entre letanías y exomologesis.

El nombre de *supplicatio* [suplicación] se considera hoy, en cierto modo, que procede de la gentilidad. Existían, en efecto, entre ellos fiestas establecidas por ley o fiestas de indicción. A estas segundas se las llamaba así, porque los antiguos romanos, dada su pobreza, sacrificaban de lo que se recogía o ciertamente de los bienes incautados a los condenados. De ahí también que recibieran el nombre de *supplicia* las rogativas que se hacían usando las pertenencias de los que padecían suplicio, pues los actos religiosos se realizaban a expensas de los bienes de los condenados.

---

[214]TL, *confessio*; Etym., *professio.*

[215]TL, *prosternendi vel humile faciendi hominibus disciplina*; Etym., *prosternendi et humilificandi hominis disciplina.*

[216]TL, *incurvare*; Etym., *incubare.*

[217]TL, *impetrandam aliquam eius misericordiam*; Etym., *impetrandam in aliquo misericordiam.*